

NEW LEFT REVIEW 119

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2020

ARTÍCULOS

AARON BENANAV	Automatización, primera parte	7
ALAIN SUPIOT	Un artista de la ley	45
PERRY ANDERSON	¿Situacionismo a la inversa?	51
JOHNNY RODGER	La biblioteca que desaparece	104
LOLA SEATON	Los fines de la crítica	115

CRÍTICA

BENJAMIN KUNKEL	Socialistas en Estados Unidos	147
ROBIN BLACKBURN	¿Reformar para conservar?	153
SUSAN WATKINS	Apalea a los bedeles	165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

¿SITUACIONISMO AL REVES?

EN SU ATENTO análisis de *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, de Adam Tooze, Cédric Durand celebra la envergadura de la obra, una «exposición capital» de los mecanismos que precipitaron el desastre económico que amenazó sepultar a Occidente en 2008 y de los remedios y la devastación que le siguieron. Es particularmente impresionante, comenta, la forma en que el libro ilustra «el funcionamiento técnico de los mercados financieros y de los títulos a corto plazo respaldados por activos sin perder de vista la dinámica política en juego»:

Como dice Tooze: «La elección política, la ideología y el poder están siempre presentes en el relato con consecuencias muy significativas, no como factores perturbadores, sino como reacciones vitales a la enorme volatilidad y contingencia generadas por el mal funcionamiento de los gigantescos “sistemas”, “máquinas” y dispositivos de la ingeniería financiera». *Crashed* es, de hecho, un libro enormemente político¹.

Al mismo tiempo, observa Durand, su exposición no es un seguimiento empírico simple –sino más bien complejo e intrincado en este caso– de la crisis y sus resultados. Posee «fundamentos conceptuales» muy definidos, sugeridos por el propio Tooze al reconocer su deuda con el

¹ Cédric Durand, «In the Crisis Cockpit», *NLR* 116/117, marzo-junio de 2019, pp. 201-202, 212; ed. cast.: «En la sala de mandos de la crisis», *NLR* 116/117, mayo-agosto de 2019, pp. 222. *Crashed* fue recibido con elogios prácticamente unánimes en la prensa diaria (*The New York Times*, *Financial Times*, *The Washington Post*, *The Guardian*, *The New York Review of Books*, *London Review of Books*, etcétera), pero, aunque fuera por razones de espacio, tratado con escasa profundidad.

uso efectuado por Wynne Godley del modelo de «*stock-flow consistency*» [reservas y flujos] de las interacciones financieras entre los sectores público, privado y exterior, que supone, en opinión de Durand, «la columna vertebral implícita» del argumento general de Tooze².

Ambos juicios parecen sólidos, pero en su exposición Durand adjunta a cada uno de ellos una paradoja, ya que al final de su reseña se tocan notas algo diferentes. Para Godley, una de las principales ventajas del planteamiento de la coherencia entre reservas y flujos era que integraba la economía financiera con la real, a diferencia de los modelos alternativos. Durand, en cambio, comenta que *Crashed* «no aborda en absoluto la interrelación concreta de los sectores financiero y productivo en la economía global» y, por lo tanto, «no logra situar la crisis financiera en el contexto de las tendencias que apuntan a una crisis estructural en el seno de las economías capitalistas contemporáneas». Esta observación da lugar a su vez a otra, que podría parecer que cuestiona el homenaje general de Durand al libro, ya que este pone de relieve «las reticencias de Tooze a la hora de investigar las relaciones existentes entre lo político y lo económico», una renuencia que «en última instancia socava su explicación de la última década de crisis». Surge entonces lógicamente la pregunta: ¿se hallan esas dos contradicciones presentes en el libro de Tooze o únicamente en la reseña de Durand? ¿O pueden ser ambos coherentes en sus propios términos?

I. LA CONCEPTUALIZACIÓN DE LAS FINANZAS

La mejor manera de abordar esta cuestión es tal vez recurrir al propio trabajo de Durand sobre las metástasis del capitalismo contemporáneo. Con una discreción que le honra, casi desconocida en una anglosfera en la que hasta las bibliografías suelen convertirse en meros catálogos de autopromoción, no hace referencia a *Le capital fictif*, que apareció en Francia en 2014 (su traducción al inglés, *Fictitious Capital*, lo hizo en 2017), aunque su relación con las preocupaciones de *Crashed* es evidente. Estudio sucinto y luminoso, hace gala de una combinación rara en la literatura especializada sobre el panorama económico del nuevo siglo: en tan sólo ciento cincuenta páginas, una intensa energía conceptual se une a una profunda comprensión empírica de los datos estadísticos de

² C. Durand, «In the Crisis Cockpit», cit., p. 208; «En la sala de mandos de la crisis», cit., p. 230.

los principales países capitalistas. Organizado en torno al crecimiento del objeto de su título –un término acuñado por Charles Jenkinson (primer conde de Liverpool, secretario de Guerra en el gobierno de Lord North bajo George III), aplaudido por Ricardo, teorizado de diferentes formas por Marx y Hayek, cuya historia traza–, *Le capital fictif* pretende mostrar el carácter y la lógica del sistema financiero que llevó al mundo a la crisis en 2008 y que no ha dejado de crecer desde entonces.

¿Cuáles son los temas principales del libro? En la raíz de la inestabilidad que ha desencadenado sucesivas crisis en los últimos cuarenta años, primero en la periferia y luego en el centro de la economía capitalista global, reside la peculiaridad que distingue a los mercados financieros de los mercados de bienes y servicios.

Mientras que en tiempos normales el aumento de los precios debilita la demanda en la economía real, ocurre generalmente lo contrario con los títulos financieros: cuanto más aumentan sus precios, más demanda tienen estos. Lo mismo se aplica a la inversa: durante una crisis, la caída de los precios genera ventas precipitadas, lo que se traduce en la aceleración del colapso de los mismos. Esta peculiaridad de los productos financieros deriva del hecho de que su compra –disociada de cualquier valor de uso– corresponde a una razón puramente especulativa; el objetivo es obtener plusvalor revendiéndolos a un precio más alto en algún momento posterior.

Mientras suben, «el aumento autosostenido de los precios impulsado por [las expectativas de] los agentes» se ve aún más exagerado por el crédito. El endeudamiento aumenta los precios y dado que los títulos valores pueden servir como respaldo para obtener nuevos préstamos, su valor creciente permite a los agentes contraer más deuda». Cuando bajan, a medida que las burbujas de activos comienzan a estallar, «los agentes económicos que intentan cumplir con los plazos en el pago de sus deudas se ven obligados a vender a precios reducidos», desatando «un movimiento autosostenido hacia la depresión, que solo la intervención estatal puede interrumpir»³.

Desde la desregulación de los flujos de capital en la década de 1980, este mecanismo general se ha visto extraordinariamente acelerado por la enorme expansión de los mercados financieros en el sistema económico mundial, no sólo mediante formas y magnitudes mucho mayores

³ Cédric Durand, *Fictitious Capital*, Londres y Nueva York 2017, pp. 28-29; ed. orig.: *Le capital fictif. Comment la finance s'approprie notre avenir*, París, 2015.

de crédito privado, bonos públicos y acciones –las tres formas de capital ficticio señaladas por Marx–, sino también mediante el desarrollo de nuevos tipos de transacciones aún más alejados de los procesos de producción, a medida que las innovaciones financieras y bancarias en la sombra retuercen y alargan las cadenas del endeudamiento. «Los contratos de canje [*swaps*], los productos estructurados y los contratos de opciones se multiplican y combinan entre sí. Sólo los limita la imaginación de los agentes financieros». La especulación desbordada deja de ser una consecuencia de las expansiones: gracias a la flexibilidad de los derivados, «se convierte en una actividad independiente del ciclo económico»⁴. El resultado es una transformación radical de las relaciones existentes entre transacciones financieras y comerciales y un aumento vertiginoso del peso de las finanzas en la economía mundial. En 2007, el valor total (nominal) de los derivados fue aproximadamente diez veces mayor que el PIB global. En 2013 el valor de las transacciones puramente financieras superó cien veces la suma de las transacciones comerciales y de la inversión⁵.

No cabe sorprenderse de que una pirámide invertida de ese tipo se desplome cayendo en crisis de una forma u otra, requiriendo en cada ocasión que los bancos centrales actúen como prestamistas ilimitados de último recurso y que los gobiernos mantengan la demanda permitiendo que los déficits se disparen para salvar el sistema: el crac de 2008 es el último caso y el más espectacular hasta la fecha. Pero como observa Durand, el propio éxito de tales operaciones de rescate genera las condiciones para la siguiente crisis. Si «las políticas económicas han tenido innegablemente éxito en sus esfuerzos por mantener el colapso bajo control (todas las crisis financieras de la posguerra han sido contenidas)», el posterior retorno de la confianza se desvanece a medida que los operadores financieros se muestran cada vez más dispuestos a correr nuevos riesgos sabiendo que los bancos centrales «harán todo lo posible para evitar que el riesgo sistémico se convierta en realidad». Tal es la paradoja de la intervención gubernamental. «A medida que las capacidades de gestión de la crisis mejoran y los agentes financieros, así como los reguladores, recobran el optimismo», la innovación financiera revive y la regulación se relaja, lo que da lugar a la creación de productos aún más complejos y sofisticados, que amplían el crédito a expensas de la calidad de los activos adquiridos. «Esto conduce a su vez a pequeñas crisis que

⁴ *Ibid.*, pp. 66, 69.

⁵ *Ibid.*, pp. 69-71

se superan rápidamente gracias a la capacidad mejorada para manejarlas. Esta dinámica acumulativa produce un superciclo financiero en el que los riesgos acumulados se hacen cada vez mayores, es decir, el peso relativo de las finanzas especulativas y las pirámides de Ponzi aumenta constantemente», y con él la escala y el coste de la intervención estatal para contener la crisis. Según los cálculos del FMI, entre el otoño de 2008 y principios de 2009, el apoyo total prestado al sector financiero por parte de los Estados y los bancos centrales de los países capitalistas avanzados fue equivalente al 50,4 por 100 del PIB mundial⁶.

¿Beneficios sin acumulación?

El aumento del tamaño del sector financiero en las economías de Occidente ha significado, como es bien sabido, que su participación en los beneficios totales también ha aumentado. Para Durand, esto plantea la cuestión, que ha intrigado a otros autores pertenecientes a una tradición más o menos marxista, del origen de esos beneficios. Pero como él señala, ahí radica un problema mayor. Desde la década de 1980, la tasa de inversión en la zona central del capitalismo ha disminuido constantemente, y con ella las tasas de crecimiento, década tras década. Sin embargo, durante ese mismo periodo, los beneficios se han mantenido altos. De hecho, como ha mostrado David Kotz en estas páginas, entre 2010 y 2017 Estados Unidos registró una tasa de acumulación más baja, pero una tasa de beneficio más alta, que en cualquier otra década desde la época de Reagan⁷. Entonces, ¿de dónde proceden en general esos beneficios? La respuesta de Durand es que representan una versión actualizada de la visión del futuro que expuso Hobson a principios del siglo XX: la extracción de altos niveles de beneficios procedentes de la inversión en la producción en áreas de mano de obra barata situadas en la periferia del sistema, sobre todo en Asia. Si esto es así, el «enigma de los beneficios sin acumulación» desaparecería, porque las empresas están realmente invirtiendo; no en sus economías nacionales, donde el crecimiento, el empleo y los salarios se estancan, sino en el exterior, donde se han asegurado tasas de rentabilidad muy altas.

⁶ *Ibid.*, pp. 31-32, 39.

⁷ David Kotz, «End of the Neoliberal Era? Crisis and Restructuring in American Capitalism», *NLR* 113, septiembre-octubre de 2018, p. 45; ed. cast.: «¿El fin de la era neoliberal? Crisis y reestructuración en el capitalismo estadounidense», *NLR* 113, noviembre-diciembre de 2018, p. 49.

Prima facie hay dos dificultades en este argumento. La primera es dónde se sitúa, en teoría, el límite del capital «ficticio», entendido este como el capital que «circula sin haberse realizado aún la producción y que se materializa en un título jurídico sobre un futuro proceso de valorización real»⁸, ya que, hablando formalmente, en realidad toda inversión satisface ese criterio, si se entiende esta como capital invertido en previsión de futuros rendimientos rentables⁹. La segunda es cómo se debe estimar, en la práctica, la importancia de los pagos puramente financieros, a diferencia de los beneficios directos provenientes de las operaciones productivas, en el flujo de inversión extranjera directa hacia mercados laborales baratos¹⁰. Al considerar los dividendos procedentes de los activos extranjeros como representación de éstos –cita investigaciones estadounidenses y francesas– no está claro hasta qué punto Durand está restableciendo simplemente la primera dificultad. No existe ninguna duda de que existe un «vínculo entre financiarización y globalización», como afirma Durand, pero sigue sin estar claro cuál es la naturaleza de esa vinculación.

No existe tal ambigüedad en la conclusión de su libro. Contrariamente a la sabiduría heredada, aunque la inestabilidad financiera tenga «externalidades negativas que afectan a todos los agentes», de ahí no se deduce que su ausencia sea una bendición para todos. La estabilidad financiera no es de por sí «un bien público del que todos se benefician». Basta observar los beneficios de las operaciones para restaurarla en 2008-2009. Un año después, la proporción de los bonos del gobierno estadounidense en poder del 1 por 100 más rico de la población había aumentado a más del 40 por 100. El veredicto de Durand es contundente:

⁸ C. Durand, *Fictitious Capital*, cit., p. 55.

⁹ Véase al respecto Costas Lapavistas, *Profiting Without Producing: How Finance Exploits Us All*, Londres y Nueva York, 2013, pp. 28-29, que define el concepto de capital ficticio acuñado por Marx, distinguiéndolo del préstamo u otras formas de capital que devengan intereses, como «una idea técnica que equivale a la contabilidad del valor actual neto, es decir, a las sumas de dinero ideales que resultan de descontar las corrientes de pagos futuros vinculados a activos financieros. Estas sumas ideales corresponden a precios financieros que podrían fluctuar independientemente del capital-dinero gastado originalmente en la compra del activo financiero en cuestión». Dicho de otro modo, el capital es «ficticio» si se gasta no en tanto que rendimientos anticipados futuros derivados de la producción o de los activos físicos, sino en tanto que valores generados en una o más –hoy en día infinitas– sustracciones de esos rendimientos, las cuales pueden diferir sustancialmente de los mismos.

¹⁰ Vacilando tal vez en su exposición, Durand califica la financiarización de las empresas no financieras y la paradoja de los beneficios sin acumulación como una ilusión «parcial» o un artificio, sin aportar más especificación: C. Durand, *Fictitious Capital*, cit., pp. 145, 149

La hegemonía de las finanzas –la forma de riqueza más fetichista– solo se mantiene gracias al apoyo incondicional de las autoridades públicas. Abandonado a sí mismo, el capital ficticio colapsaría; y además arrastraría consigo en su caída a todas nuestras economías. En realidad, las finanzas son maestras en el arte del chantaje. La hegemonía financiera se disfraza con los adornos liberales del mercado, pero captura la vieja soberanía del Estado para exprimir el cuerpo de la sociedad a fin de alimentar sus propios beneficios¹¹.

II. UNA TRILOGÍA ESCALONADA

Se ha dicho ya bastante para indicar por qué Durand podría, a pesar de su admiración por *Crashed*, concluir que en último término no cumple la promesa de sus postulados. Sin embargo, un juicio tan severo no especifica de por sí lo que podría explicar la brecha percibida entre ambos. ¿Qué tipo de método permite dejar a un lado la economía real en un diagnóstico de las vicisitudes de las finanzas? ¿Qué tipo de política sostiene la arquitectura de la obra resultante? Se pueden encontrar las pistas iniciales para responder a esas preguntas en dos pasajes del texto de Tooze. En el primero, una reseña de *In the Long Run We Are All Dead: Keynesianism, Political Economy and Revolution*, de Geoff Mann (2017), Tooze define la virtud distintiva de la perspectiva de Keynes como una «conciencia situacional y táctica» de los problemas para la democracia liberal inherentes a las operaciones del ciclo económico en una economía capitalista, que requieren un manejo pragmático de la crisis en forma de ajustes puntuales, sin ilusión de permanencia¹². En el segundo, desde la «Introducción» a *Crashed* pone sus cartas políticas sobre la mesa. «El décimo aniversario de 2008 – escribe– no es una atalaya cómoda para un historiador liberal de izquierdas, cuyas lealtades personales se dividen entre Inglaterra, Alemania, la “isla de Manhattan” y la UE»¹³.

Para ver qué relación guardan esos comentarios con los problemas planteados por Durand es mejor considerar *Crashed* como el tercer volumen de una trilogía, precedido por las dos obras anteriores de Tooze, *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order* (2014) y *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* (2006); esa trilogía ha convertido posiblemente a Tooze en el historiador económico

¹¹ *Ibid.*, pp. 155, 100.

¹² A. Tooze, «Tempestuous Seasons», *London Review of Books*, 13 de septiembre de 2018, p. 20.

¹³ A. Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, Londres, 2018, p. 21.

moderno más destacado de su generación¹⁴. Como personaje público es algo más que eso, apareciendo en las páginas de *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *Die Zeit*, *Der Spiegel*, el *Financial Times*, *The Guardian* y otros medios, así como en radio y televisión. La trilogía que ahora define su carrera no traza un relato continuo, y su composición no sigue una secuencia cronológica (el primer libro trata de los años 1933 a 1945, el segundo de 1916 a 1931, el tercero de 2006 a 2018), ni posee un enfoque uniforme, pero es evidente que muestra una unidad temática dominante.

La guerra de Hitler

The Wages of Destruction, una obra enorme de estudio histórico detallado, desarrolla una descripción imponente de la economía alemana que Hitler heredó al llegar al poder en las profundidades de la Gran Depresión, la rápida recuperación que el régimen nazi diseñó con un programa de rearme de alta velocidad, las limitaciones de recursos a las que había llegado a finales de la década de 1930, sus subsiguientes conquistas militares para superarlas, el exceso de exposición en la invasión de la Unión Soviética y el aumento desesperado de la producción, con un recurso intensificado al trabajo esclavo, cuando la derrota se inició en el este y los Aliados se acercaban desde el oeste. Si Tooze exagera el atraso comparativo de la economía alemana, lastrada por su deficiente agricultura de subsistencia y por su arcaica estructura terrateniente, y subestima el aumento del consumo popular bajo el Tercer Reich mientras permaneció en paz¹⁵, tales cuestiones de énfasis apenas afectan a la magnitud de su hazaña, sobre todo a medida que su relato se intensifica al exponer la interacción entre las decisiones económicas y militares durante la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, enmarcando esta narrativa hay una tesis cuya conexión con ella se ve desconcertantemente forzada: una afirmación esencialmente redundante, tenuemente cosida en torno a la historia que presenta

¹⁴ Niall Ferguson, un obvio candidato alternativo, después de tres obras impresionantes publicadas durante la década de 1990, que culminaron en *The Pity of War* (1998), cambió de rumbo en el nuevo siglo, giro descrito en un volumen posterior: «Como cuatro de mis últimos cinco libros, *Civilization* fue desde su inicio una serie de televisión además de un libro», *Civilization: The West and the Rest*, Londres, 2011, p. xviii. Tooze, casi de la misma edad que Ferguson, creció en Alemania Occidental (es bilingüe) y ha ocupado puestos sucesivamente en Cambridge, Yale y Columbia.

¹⁵ Para estas críticas, véanse Robert Gordon, «Did Economics Cause World War Two?», National Bureau of Economic Research, Working Paper 14560, diciembre de 2008; y la recensión de Harold James de *The Wages of Destruction* publicada en *Central European History*, vol. 40, núm. 2, junio de 2007, pp. 366-371.

sobre la «creación y ruptura» de la economía nazi. Contrariamente a la creencia común, argumenta Tooze, en la mente de Hitler el enemigo supremo contra el que apuntaba su movilización del Tercer Reich para la guerra continental no estaba en las estepas del este, sino al otro lado del océano, en el lejano oeste. La amenaza existencial para Alemania, que le obsesionó y dictó sus ambiciones de agresión, no era el bacilo del bolchevismo, sino el poder de Estados Unidos, sede de la judería mundial. La destrucción del comunismo y la conquista de Rusia era sólo un medio, no un fin; la Operación Barbarroja, una estación de paso: la adquisición de una plataforma territorial y con recursos capaz de rivalizar con los vastos espacios abiertos del coloso estadounidense en la batalla para dominar el mundo. Históricamente, pues, «Estados Unidos debería proporcionar el eje para nuestra comprensión del Tercer Reich». Los proyectos de expansionismo hacia el este, junto con el anticomunismo y el antisemitismo rabiosos, fueron características genéricas de la derecha alemana después de 1918. Lo que distinguió a Hitler al definir «la peculiaridad y la dinámica motivadora» de su régimen fue la centralidad de Estados Unidos en su visión del mundo como «la potencia hegemónica global en ciernes» y el «punto de apoyo de una conspiración judía mundial para la ruina de Alemania y del resto de Europa»¹⁶.

¿En qué pruebas basa Tooze esa construcción? Principalmente, en el llamado «Segundo libro» de Hitler –una secuela inacabada e inédita de *Mein Kampf*, redactada probablemente en 1928–, y en diversas opiniones dispersas expresadas durante la guerra. Pero ni sus palabras ni sus acciones le brindan ningún apoyo coherente. Como cualquier europeo de su época, Hitler sabía cuán grandes eran la población y el mercado interno de Estados Unidos, pero en las novecientas páginas de *Mein Kampf*, donde desde el principio predominan el «infame terror mental» del socialismo y las características judías del «rostro repulsivo y la sonrisa malévolamente del marxismo», a Estados Unidos no se le concede ni una sola página, ni siquiera un párrafo; mientras que las ocasionales menciones no son especialmente hostiles. En su «Segundo libro», Hitler hablaba de la futura amenaza de Estados Unidos para Europa, dado el tamaño de su población y la riqueza de su mercado, sus menores costes de producción y la plétora de inventos que podrían darle ventaja sobre el Viejo Mundo. Pero ni la sustancia ni el carácter de esos pensamientos merecen la relevancia que les da Tooze.

¹⁶ A. Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York, 2007, pp. xxiv, 657, 284.

Hitler explicaba que la ventaja clave de Estados Unidos radicaba en su composición étnica. La emigración nórdica al Nuevo Mundo había creado en Estados Unidos una «nueva comunidad nacional de la más alta calidad racial», un «pueblo joven y racialmente selecto», filtrando la inmigración para extraer el «elemento nórdico» de todas las naciones de Europa, al tiempo que cerraba la puerta a japoneses y chinos. Rusia podría tener una superficie terrestre comparable, pero su población era de tan baja calidad que no podía representar una amenaza económica o política para la libertad del mundo, tan solo inundarlo de enfermedades. Los planes paneuropeos para contrarrestar el auge de Estados Unidos, con la esperanza de fusionar razas de todo tipo en algún tipo de unión, eran una ilusión de judíos y mestizos. Si Alemania seguía permitiendo que su mejor linaje emigrara a Estados Unidos, seguramente se deterioraría hasta convertirse en un pueblo sin valor; solo un país que pudiera «elevar el valor racial de su pueblo a la forma nacional más práctica» podría competir con Estados Unidos. En el futuro, el conflicto entre Europa y Estados Unidos podría no ser siempre de naturaleza pacíficamente económica, pero la nación que corría el mayor peligro frente a Estados Unidos no era Alemania, sino Inglaterra¹⁷.

En otras palabras, cuando Hitler le prestó atención, en su única disquisición real sobre Estados Unidos, fue con admiración más que con hostilidad, no solo como país económicamente más avanzado, sino esencial y explícitamente más ario que la propia Alemania si esta no corregía su deriva. ¿Qué importancia tenían esos pensamientos en 1928? La atención a Estados Unidos ocupa una docena de páginas, tan solo el 5 por 100 del manuscrito de su Segundo Libro. Las dedicadas al Sur del Tirolo duplican ese espacio. Tampoco hay pruebas de ninguna preocupación persistente por Estados Unidos en los años siguientes. Lejos de ser central para su visión del mundo, en la década de 1930 Estados Unidos se desvaneció del horizonte de Hitler, cuando decidió que no era, después de todo, un bastión de virtudes nórdicas varoniles, sino un sumidero de mestizos y degenerados, en el que como mucho solo la mitad –en otras ocasiones solo un sexto– de la población tenía un origen decente y en el que además predominaban los judíos: un país de enclenques, asolado por el desempleo y debilitado por las leyes de neutralidad, que podría descartarse como fuerza en la *Weltpolitik* [política mundial]¹⁸.

¹⁷ Adolf Hitler, *Hitler's Zweites Buch*, Stuttgart, 1961, pp. 123-132, 173.

¹⁸ «Las ideas de Hitler sobre Estados Unidos, oscilando entre la admiración y el desprecio, no poseían contenido realista ni estable»: Detlef Junker, *Kampf um die*

Una vez afianzado en el poder, Hitler expuso las tareas internacionales del Tercer Reich, tal como él las veía, en su memorándum del «Plan Cuatrienal» de agosto-septiembre de 1936, que no contiene ni una sola línea sobre Estados Unidos. Después de explicar que «la política es el liderazgo y la conducción de las luchas históricas por la vida de los pueblos», cuya intensificación desde la Revolución Francesa había encontrado su expresión más extrema en el bolchevismo —empeñado en «eliminar a las élites tradicionales de la humanidad y reemplazarlas por la judería mundial»— y tras declarar que ningún Estado podría sustraerse o mantenerse alejado de la inminente confrontación, anunciaba enfáticamente: «*Dado que el marxismo, con su victoria en Rusia, ha convertido uno de los mayores imperios del mundo en su base para nuevas operaciones, esa cuestión se ha vuelto decisiva. Una voluntad autoritaria agresiva, con una base ideológica, ha entrado en el mundo democrático ideológicamente andrajoso*». Los países democráticos eran incapaces de librar con éxito una guerra contra la Rusia soviética, dejando a Alemania —«como siempre el punto de ignición del mundo occidental contra los ataques bolcheviques»— el deber de asegurar con todos los medios a su disposición su propia existencia contra una catástrofe inminente. «*Porque la victoria del bolchevismo sobre Alemania no terminaría en otro Versalles, sino en la destrucción final, de hecho en el exterminio del pueblo alemán*». La magnitud de tal desastre sería incalculable. «*Ante la necesidad de defendernos contra ese peligro, todas las demás consideraciones se vuelven completamente irrelevantes*». Se requería un rearme ampliado, a toda velocidad, para preparar en cuatro años al ejército y la nación alemana para la guerra¹⁹.

Weltmacht: Die USA und das Dritte Reich 1933-1945, Dusseldorf, 1988, p. 24, en el que es con mucho el mejor análisis a las actitudes de Hitler hacia Estados Unidos. Tooze elogia el estudio *Amerika im Dritten Reich* de Philipp Gassert, afirmando que supera a todos los demás, pero de hecho este trabajo tiene poco que decir sobre la relación estratégica de Hitler con Estados Unidos. Observando que hasta principios de la década de 1930 las consideraciones «políticas y de poder» no jugaron «prácticamente ningún papel» en su pensamiento sobre Estados Unidos, y que incluso después de llegar al poder, los «vacíos en la imagen que se hacía Hitler de este país» tienen que ser colmados recurriendo al «entorno cultural» en el que se tomaban sus decisiones de política exterior, más que a cualquier pronunciamiento del propio Führer, el libro de Gassert es, en realidad, una «historia general» de las actitudes alemanas hacia Estados Unidos bajo el Tercer Reich, más que un estudio del propio batiburrillo intermitente de Hitler al respecto: Philipp Gassert, *Amerika im Dritten Reich: Ideologie, Propaganda und Volksmeinung*, Stuttgart, 1997, pp. 87-88.

¹⁹ A. Hitler, «Hitlers Denkschrift über die Aufgaben eines Vierjahresplans», *Vierteljahrshäfte für Zeitgeschichte*, vol. 3, núm. 2, abril de 1955, pp. 204-205, 210. Cursiva en el original.

Ahí las fobias pertinaces de *Mein Kampf*, en su fusión de anticomunismo y antisemitismo, se habían convertido en doctrina estatal; la lucha contra el bolchevismo era, en palabras de Ian Kershaw, «la estrella polar del pensamiento de Hitler sobre la política exterior»²⁰. El futuro de la expansión alemana estaba en el este, no en el oeste. Cuando en 1939 su invasión de Polonia condujo, contrariamente a sus cálculos, a las declaraciones de guerra británica y francesa contra Alemania, y derrotó a Francia en poco tiempo, esperaba que Gran Bretaña llegara a un acuerdo con él, admirador desde hacía mucho tiempo de su imperio, con el que no deseaba romper. Desconcertado por su negativa a hacerlo, e incapaz de invadirla por mar, en julio de 1940 decidió atacar a Rusia, desafiando cualquier cálculo estratégico racional y recreando la guerra en dos frentes, que siempre había considerado la razón principal de la derrota alemana en 1914-1918. El sentido común militar habría dirigido la Wehrmacht hacia el sur y no hacia el este, forzando a España –donde el régimen de Franco, asentado desde hacía poco más de un año, no estaba en condiciones de resistir un ultimátum exigiendo su adhesión– a entrar en guerra con Gran Bretaña; y con el control de ambos lados del Estrecho de Gibraltar, cerrar el Mediterráneo, apoderándose de Egipto y de los campos petroleros iraquíes: un paseo en comparación con la Operación Barbarroja²¹. Pero el plus ideológico era el de siempre: aniquilar el bolchevismo y colonizar el este, en una guerra de exterminio sin contrapartida en el oeste. Tampoco se habló, al considerar las repercusiones esperadas de su éxito, de que una Rusia conquistada proporcionara una plataforma para enfrentarse a Estados Unidos. La Directiva N° 32 de Hitler, «Preparativos para el periodo posterior a Barbarroja», redactada once días antes de que comenzara la campaña rusa, no pensaba en Washington, sino que proyectaba, en cambio, un barrido de la Wehrmacht alrededor del Mediterráneo para precipitarse sobre Canal de Suez y bloquearlo, justo de lo que se había abstenido fatalmente.

²⁰ Ian Kershaw, *Hitler: 1936-1945: Nemesis*, Londres, 2000, p. 12.

²¹ A veces se argumenta que si Hitler no procedió así fue debido al conflicto entre la posesión francesa de Marruecos y las ambiciones españolas al respecto, no queriendo enfrentarse con el régimen de Pétain en caso de otorgar esa expansión a Franco, ya que ambos se hallaban ideológicamente alineados con él. Pero esto difícilmente habría sido un problema insuperable: en un conflicto similar no le costó imponer un segundo Arbitraje de Viena, dividiendo Transilvania entre Rumania y Hungría, con el objetivo de ganarse a ambos Estados para lo que se convirtió en la Operación Barbarroja.

Europa huérfana

Donde sí aparecía Estados Unidos en la perspectiva de Hitler era en el Lejano Oriente, donde esperaba que Japón lo derrotara evitando que ayudara a Gran Bretaña en Europa para lo cual incitó a Tokio a lanzar un ataque preventivo ya en abril de 1941, antes de que Japón estuviera resuelto o preparado para hacerlo. Siendo en sí mismo un cálculo bastante racional, Hitler lo sacó de quicio al prometer que Alemania declararía la guerra a Estados Unidos tan pronto como lo hiciera Japón, como así hizo en diciembre de ese mismo año, con lo que atrajo sobre sí la cólera de la mayor potencia mundial sin tener ninguna posibilidad de alcanzarla por tierra, mar o aire²². Tooze observa correctamente que esto «selló el destino de Alemania»²³, sin percibir lo fatal que ello es también para su hipótesis de la centralidad de Estados Unidos en la cosmovisión de Hitler. Por lo que hace al obsequio gratuito del Führer a Roosevelt (quien habría tenido grandes dificultades para declarar la guerra a Alemania a raíz de Pearl Harbor, cuando la indignación nacional y la demanda de represalias se centraban en Japón), reveló el asombroso nivel de inconsecuencia e ignorancia de Hitler con respecto a cualquier cosa que tuviera que ver realmente con Estados Unidos.

En una crítica amplia pero respetuosa de *The Wages of Destruction*, que constituye el análisis más sustancial publicado hasta la fecha, Dylan Riley cita el frío veredicto de Adorno: «La camarilla gobernante en Alemania optó por la guerra, porque había quedado excluida de las posiciones de poder imperialistas. Pero esa exclusión estaba motivada por el provincianismo ciego y torpe que hacía tan poco competitivas las políticas de Hitler y Ribbentrop y que su guerra no pasara de ser un farol»²⁴. A partir de 1942 Hitler, en sus divagantes monólogos con sus íntimos, tendría más que decir sobre Estados Unidos, cada vez más vituperado en los pronunciamientos nazis como el cuartel general de la judería mundial —una

²² En enero de 1942 Oshima, el embajador japonés en Berlín, informó a Tokio: «El Führer opina que Inglaterra puede ser destruida, aunque no sabe todavía cómo se puede vencer a Estados Unidos»; véase en Junker, *Kampf um die Weltmacht*, un breve trabajo sobre la idea de que Hitler hubiera tenido alguna vez un plan serio para la conquista de Estados Unidos: pp. 25, 31-32.

²³ A. Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, cit., p. 668.

²⁴ Dylan Riley, «The Third Reich as Rogue Regime: Adam Tooze's *Wages of Destruction*», *Historical Materialism*, vol. 22, núm. 3-4, 2014, p. 346. La cita es de *Mínima Moralía*, Londres y Nueva York, 2005, p. 106; ed. cast.: *Mínima moralía. Reflexiones desde la vida dañada*, Madrid, 2013, p. 110.

ubicación de por sí móvil–, pero sin superar nunca las bravuconadas y el diletantismo. Su visión del mundo se limitaba a un pequeño número de *idées fixes* –anticomunismo, antisemitismo, un darwinismo social racializado– a las que estados de ánimo o fantasías pasajeras podían agregar una amplia variedad de fijaciones temporales y opiniones inconsistentes, de ideas vagas y contradictorias, sobre Estados Unidos.

Sin embargo, al enmarcar *The Wages of Destruction* en la relación de Hitler con Estados Unidos, Tooze no estaba tomando una decisión arbitraria, ya que el punto de partida de su relato no es el telón de fondo que cabría esperar de un estudio de la economía nazi, esto es, la Gran Depresión. Con efectos más devastadores en Alemania que en ninguna otra sociedad industrial, la depresión se da por supuesta, sin explicación causal. Lo que ocupa un lugar central es el trágico fracaso de las elites alemanas en seguir los pasos de acuerdo con la concepción de Stresemann, el principal estadista de la década de 1920, quien postulaba que el camino hacia la recuperación después de la derrota en la Primera Guerra Mundial no radicaba en una rebelión inútil contra el Acuerdo de Versalles, sino en la disposición de Alemania a pagar las reparaciones de guerra y, por lo tanto, a abrir la puerta a «una relación especial con Estados Unidos» como la «potencia dominante en los asuntos mundiales, como una superpotencia futura, tanto económica como militar», con el objetivo de situar a Alemania como un aliado clave de Washington en una asociación transatlántica²⁵. Pero después de los Planes Dawes y Young, pasos esperanzadores en la dirección correcta, Stresemann murió y Wall Street se hundió. El resultado fue «el colapso de la hegemonía estadounidense en Europa», dejando al continente «huérfano como no lo había estado desde la Primera Guerra Mundial», y a Alemania a merced de las ambiciones demoníacas de Hitler. Afortunadamente, con la derrota del Tercer Reich, Adenauer pudo recuperar la visión de Stresemann, cobijando al fin una democracia parlamentaria alemana en el puerto seguro de Estados Unidos, dejando atrás la orfandad²⁶.

²⁵ A. Tooze, *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, cit., pp. 5, 25, 33.

²⁶ *Ibid.*, pp. 657-658.

III. ¿PAZ WILSONIANA?

The Deluge, publicado ocho años después, nos ofrece la precuela de *The Wages of Destruction*. Su tema es el surgimiento a partir de la Gran Guerra de 1914-1918 de un nuevo orden mundial, liderado por Estados Unidos, que sobrevivió a la desaparición de su arquitecto y sólo cedió bajo la tensión de la Gran Depresión. El relato comienza con el estancamiento militar en Europa en 1916 y la decisión de Wilson de entrar en guerra en apoyo a la Entente en la primavera de 1917, haciendo de la lucha «algo mucho más cargado moral y políticamente» que un simple conflicto entre las grandes potencias: «Una victoria de los cruzados», con un presidente estadounidense a la cabeza, «con la que se ratificó la prevalencia del derecho internacional y se derrotó la autocracia y el militarismo». Con la derrota de Alemania y la disolución del Imperio austrohúngaro, Estados Unidos, que ya era un superestado que se alzaba por encima de todos los demás en poder económico, se convirtió en la gran potencia dominante durante la paz subsiguiente. Sin embargo, su hegemonía de posguerra no sería un simple reemplazo de lo que había sido la Pax Britannica. Fue un cambio de paradigma en las relaciones internacionales, un intento deliberado de construir un orden global económico y político, tal como lo había concebido Wilson, un sistema de nuevo tipo: «De común acuerdo, el nuevo orden tenía tres facetas principales: autoridad moral respaldada por el poder militar y la supremacía económica»²⁷.

En realidad, aunque el acuerdo era común, no era del todo universal. Cuando Wilson llevó a Estados Unidos a la guerra, había estallado en Rusia la Revolución de Febrero. Siendo «primeramente y ante todo un evento patriótico», no significaba la desertión de las filas de la Entente, cuyos líderes confiaban justificadamente en que «la revolución democrática en Rusia revitalizaría el esfuerzo de guerra, no lo desatendería». «Kerensky, Tsereteli y sus colegas emprendieron frenéticamente la reconstrucción del ejército como una fuerza de combate», y a principios del verano de 1917 las tropas, «bajo el dinámico mando del joven héroe de guerra Lavr Kornilov», avanzaban contra las fuerzas de los Habsburgo que tenían enfrente²⁸. Pero más al norte la subversión bolchevique amotinó al ejército y el frente ruso se derrumbó. Cuando los soldados-campesinos «abandonaron la causa en masa» y las

²⁷ A. Tooze, *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order*, Londres, 2014, pp. 8, 14-15.

²⁸ *Ibid.*, pp. 70, 81-82.

unidades radicalizadas en torno a Petrogrado marcharon hacia la ciudad, el Gobierno Provisional, «pese a su profundo compromiso con la libertad democrática [...], no tuvo otra opción que ordenar el arresto de la dirigencia bolchevique», pero cometió el error fatal de no «decapitarla» como requerían las circunstancias; el tabú sobre la pena de muerte impidió las ejecuciones necesarias. Tres meses después, los Guardias Rojos irrumpían en el Palacio de Invierno y estrangulaban en la cuna a la recién nacida democracia rusa. La dictadura bolchevique, en cuanto se asentó, repudió las deudas externas de Rusia, acción que equivalía a un rechazo de «los propios fundamentos del derecho internacional» y que frustró toda posibilidad de entendimiento con la Entente; tras firmar el Tratado de Brest-Litovsk con las potencias centrales, abandonó el frente. Las subsiguientes intervenciones aliadas en Rusia no estuvieron motivadas por ninguna intención contrarrevolucionaria, sino simplemente por el objetivo de derrocar un régimen que se había convertido, hablando objetivamente, en un aliado del militarismo alemán. Lenin solo se salvó de la bancarrota política de su colusión con Berlín gracias al colapso del Segundo Reich en otoño, que eliminó su necesidad²⁹.

La autoexclusión de Rusia del nuevo orden mundial en 1919 no afectó materialmente al nacimiento de este en Versalles. El tratamiento de Wilson y Lenin como si fueran figuras equivalentes enfrentadas entre sí es una ilusión retrospectiva, dado el dramatismo de la implosión del poder ruso al final de la guerra y la lamentable debilidad del emergente régimen bolchevique. Tooze subraya que 1919 no tuvo nada en común con 1945, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética se enfrentaron en un sistema internacional bipolar. Por el contrario, «se parecía al momento unipolar de 1989», cuando «la idea de reordenar el mundo en torno a un único bloque de poder y un conjunto común de valores liberales “occidentales” parecía un despegue histórico radical», siendo en realidad una repetición del dramático resultado de la Primera Guerra Mundial³⁰. Las negociaciones en Versalles conllevaron muchas discusiones y transacciones, pero los vencedores se mantuvieron unidos en un acuerdo moderado, fruto del compromiso, que permitió la reintegración final de Alemania en la comunidad de las principales potencias bajo los auspicios de la herencia de Wilson, una Sociedad de Naciones cuyo pacto fue firmado por todos antes de las negociaciones sobre el Tratado.

²⁹ *Ibid.*, pp. 82-83, 129, 156-157, 170.

³⁰ *Ibid.*, p. 10.

Trágicamente, no obstante, a su regreso a Unidos Wilson no pudo lograr la ratificación por el Senado de la pertenencia estadounidense a la Sociedad de Naciones, un «fiasco desgarrador» que sin duda se debió en parte a su rigidez personal y en parte a su fragilidad física³¹. Pero las raíces más profundas de aquel desastre residen en la paradoja de que Estados Unidos, la vanguardia de la modernidad económica y cultural en el mundo, aún no había modernizado su propio orden político interno. A pesar de la visión progresista de líderes como el primer Roosevelt y Wilson, el Estado seguía allí confinado dentro de su matriz constitucional del siglo XVIII. Las prerrogativas arcaicas del Senado, que exigían una mayoría de dos tercios para la aprobación de cualquier tratado internacional, algo sin equivalente en ningún otro lugar del mundo, eran una expresión de ese retraso y constituyó la obstrucción más directa a las esperanzas de Wilson. El subdesarrollo fiscal del Estado federal, que todavía dependía esencialmente de los ingresos por rentas aduaneras e impuestos especiales, era otra. La guerra se había financiado esencialmente mediante la relajación monetaria con créditos bancarios que duplicaron los precios. En lugar de un impuesto sobre la renta, se trataba en realidad de un impuesto a la inflación, que cuando fue revertido abruptamente por el Tesoro en 1920 hundió al país en la deflación y el desempleo masivo, volviendo a llevar a un republicano a la Casa Blanca con la mayoría electoral más elevada del siglo.

Para Tooze, bajo la retórica de Wilson y sus oponentes domésticos subyacía la ideología bastante reciente del excepcionalismo estadounidense, que era esencialmente una forma superior de nacionalismo incompatible con los requisitos internacionalistas del liderazgo global y que fue la causante del fracaso de Estados Unidos para afrontar los desafíos del momento. Aun así, detecta trazas de sabiduría burkeana en esa perspectiva, una percepción de la necesidad de preservar la continuidad de la historia del país después del trauma de la Guerra Civil. En la práctica, tampoco significó ninguna retirada decisiva de las tareas de construir un nuevo orden mundial. Contrariamente a la leyenda, el gobierno de Harding protagonizó una demostración más exitosa de este que la lograda en Versalles: la Conferencia de Washington de 1921-1922, durante la cual Charles Evans Hughes, el rival republicano de Wilson derrotado en 1916, logró todo un triunfo de la diplomacia internacionalista al persuadir a Gran Bretaña y Japón para cedieran gratuitamente su primacía naval a Estados Unidos, de un modo similar a como setenta años después Gorbachov la cedió a Bush. Posteriormente, los sucesivos

³¹ *Ibid.*, pp. 18, 336, 338.

presidentes y sus emisarios, públicos o privados, se esforzaron por estabilizar Europa, tras las tensiones dejadas por las cláusulas de reparación de Versalles, con propuestas constructivas para aliviar las dificultades financieras de Alemania como los Planes Dawes y Young, y finalmente con la moratoria ofrecida por Hoover para las deudas de guerra de Francia y Gran Bretaña con Estados Unidos. Estos esfuerzos de pacificación de las relaciones internacionales tuvieron admirables homólogos europeos y también asiáticos. En Inglaterra, Austen Chamberlain, en Francia, Aristide Briand, en Alemania, Gustav Stresemann –todos ellos premiados con el Nobel de la Paz por el Tratado de Locarno– eran convencidos atlantistas, que consideraban a Estados Unidos el socio indispensable en el mantenimiento de la paz; lo mismo cabe decir de un resuelto Ramsay MacDonald y de los valientes reformadores del periodo Taisho en Japón.

¿Por qué entonces descarriló finalmente el proyecto liberal progresista de estos estadistas con visión de futuro? Su defecto radicaba en la limitación de la hegemonía estadounidense que requería y encarnaba. Wilson y sus sucesores comparten el rechazo no de un compromiso ilustrado con los asuntos del resto del mundo, sino de la responsabilidad final de liderar una coalición internacional de potencias para preservar el libre comercio y la seguridad colectiva. Su impulso básico era, en cambio, «usar la posición de desapego privilegiado de Estados Unidos y la dependencia de ella de las demás grandes potencias para enmarcar una transformación de los asuntos mundiales» a fin de «defender mejor su ideal del destino del país»: una visión radical en el exterior ligada a un apego conservador en su propia esfera doméstica³². Durante una década, esa combinación ofreció resultados impresionantes; pero cuando llegó la trágica prueba de la Gran Depresión no fue suficiente. La cooperación internacional se derrumbó y la revuelta contra la moderación antes esperanzada de la década 1920 estalló en los fanatismos de la de 1930, anticipados en sus diferentes formas por Hitler y Trotski. Pero la propia extremosidad de tales reacciones demostraba la fuerza del orden emergente que intentaron derrocar.

La espectacular escalada de violencia desatada en las décadas de 1930 y 1940 fue un testimonio del tipo de fuerza contra la que los insurgentes creían enfrentarse. Fue precisamente el potencial emergente, el dominio futuro de la democracia capitalista estadounidense, el factor común que impulsó a Hitler, Stalin, los fascistas italianos y sus homólogos japoneses a una acción tan radical³³.

³² *Ibid.*, p. 516.

³³ «Una vez que los extremistas tuvieron su oportunidad, fue precisamente la sensación de que se enfrentaban a poderosos adversarios lo que alentó la violencia y la energía letal de su asalto al orden de posguerra», *ibid.*, pp. 7, 18.

Sin embargo, las visiones de estadistas como Briand no fueron en vano, ya que «la búsqueda inquieta de una nueva forma de asegurar el orden y la paz no expresaba un idealismo engañoso, sino una forma más alta de realismo», que entendía que solo la coalición y la cooperación internacional podrían asegurar la paz y la prosperidad sobre la tierra. «Estos fueron los cálculos de un nuevo tipo de liberalismo, una *Realpolitik* del progreso»³⁴, que se concretó bajo el segundo Roosevelt, aunque todavía esté por completar. Haciendo sonar audazmente una nota contemporánea, Tooze se preguntaba: «¿Por qué “Occidente” no juega mejor sus bazas? ¿Dónde está su capacidad de gestión y liderazgo? Dado el ascenso de China, esas preguntas tienen gran relevancia»³⁵.

Una versión digna de la Chatham House

Respuestas más claras a las dos preguntas planteadas por Durand –¿qué método está implícito en la obra de Tooze y qué política la vertebró?– comienzan a aparecer una vez que *The Deluge: The Great War, America and the Remaking of the Global Order, 1916-1931* y *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy* se leen conjuntamente como entregas de un proyecto común. En cada uno de estos libros, un planteamiento «situacional y táctico» del tema en cuestión determina la entrada *in medias res*, dispensando de una explicación estructural de sus orígenes: en *The Wages of Destruction*, la Gran Depresión, en *The Deluge*, la Primera Guerra Mundial. En ambos libros, el tema general es el dinamismo del poder estadounidense como llave maestra del siglo xx. En ambos, el punto de partida político es, como se califica a sí mismo, el de un liberalismo de izquierda. Sin embargo, cada uno de esos términos contiene toda una gama de significados y la combinación ha demostrado a menudo, tal vez típicamente, ser inestable, adquiriendo mayor valencia uno u otro de sus elementos. *The Wages of Destruction*, como estudio de la economía nazi, ofrece menos margen para considerar el equilibrio entre ellos. Visto en el contexto histórico, su afirmación central de que el verdadero antagonista de Hitler, el enemigo que le importaba, era Estados Unidos y no Rusia, se ajustaba bien, por supuesto, a los supuestos axiomáticos de la Guerra Fría. Si la máquina de guerra nazi estaba dirigida en última instancia contra Estados Unidos, cabía adivinar bajo el conflicto la sempiterna lucha binaria entre democracia y totalitarismo: la Unión Soviética, en lugar de ser el objetivo principal del régimen de

³⁴ *Ibid.*, pp. 517-518.

³⁵ *Ibid.*, p. 19.

Hitler y el agente todopoderoso de su caída, como realmente lo fue, se convierte en un peligro totalitario todavía mayor situado más al este, del que habría que ocuparse a su debido tiempo. Pero por muy reconfortante que resulte tal deducción para el público estadounidense y germano-occidental, Tooze nunca la explicita, y la importancia del Ejército Rojo en el relato de *The Wages of Destruction* la relativiza³⁶.

The Deluge, escrito después de su traslado de Cambridge a Yale, es políticamente más franco, un respaldo pleno de la autoindulgencia de los vencedores en la Primera Guerra Mundial y de la visión perdurable que, pese a todas sus diferencias, inspiraron sus esfuerzos para construir después una paz progresiva. Historiográficamente se puede describir, con permiso de Elie Kedourie, como un ejercicio peculiar de la versión del periodo esgrimida por la Chatham House. Al iniciar su narración en 1916, Tooze evita cualquier respuesta a la pregunta de qué fue lo que determinó

³⁶ Véase, en cambio, Brendan Simms, *Hitler: Only the World Was Enough*, Londres, 2019, una hipertrofia monumental de la afirmación de que el enfrentamiento con «Angloamérica», sobre todo con Estados Unidos, constituía la obsesión preeminente de Hitler. Simms, un neoconservador irlandés, fundador de la Henry Jackson Society, presenta a un Führer menos antisemita o anticomunista que anticapitalista rabioso. Su hostilidad hacia el capitalismo anglosajón era «crucialmente anterior» a su antisemitismo y «empequeñecía su miedo al comunismo», que a sus ojos era simplemente un «instrumento [menor] del capitalismo internacional». La principal obsesión de Hitler a lo largo de su carrera fue Angloamérica y el capitalismo global, más que la Unión Soviética o el bolchevismo» (pp. 22, 87-88, 53, xviii). Geopolíticamente hablando, había sido «el inmenso potencial industrial estadounidense», «un elemento básico de su pensamiento en la década de 1920, que había dominado su estrategia desde finales de la de 1930», lo que motivó su invasión de Rusia en 1941. La Operación Barbarroja estaba «dirigida en última instancia contra los aliados occidentales» y «el ataque contra Stalingrado, como toda la guerra, fue impulsado principalmente por la lucha contra Angloamérica» (pp. 457, 408, 471). Explorando obstinadamente sus fuentes de modo unilateral para apuntalar su tesis, Simms no solo ignora las pruebas que la contradicen –puede citar el Plan Cuatrienal de Hitler sin mencionar siquiera a la URSS (pp. 260-261)–, sino que él mismo la refuta admitiendo hechos que la demueven. Lejos de planear un enfrentamiento histórico mundial con Estados Unidos, como prometía en el subtítulo del libro («Only the World»), en 1933 «Hitler imaginó una futura relación pacífica entre el nuevo Reich y Estados Unidos, basada en el conjunto común de los llamados valores raciales»; en 1938 «hubiera preferido permanecer en paz» con el Imperio británico y Estados Unidos; en 1941 «no buscaba la dominación mundial, sino el estatus de potencia mundial» y «no tenía una estrategia para derrotar a Estados Unidos, porque obviamente no había una» (pp. 164, 328-329, 450). El resultado es una construcción tan incoherente como las propias confusiones de Hitler de la época. Pero el propósito ideológico de una consagración *a contrario* es bastante transparente: si lo que Hitler odiaba realmente por encima de todo era el capitalismo global y su baluarte estadounidense, ¿cómo no podían estos ser esencialmente buenos? Que nunca arañara siquiera un poco el capitalismo dentro del Tercer Reich apenas importa.

el estallido de las hostilidades en 1914 y, por lo tanto, de la naturaleza de la propia guerra, afirmando simplemente y sin más rodeos que la entrada estadounidense en ella, provocada por la agresión alemana, la convirtió en una batalla por la democracia y el derecho internacional.

El imperialismo, en este análisis, era un fenómeno muy reciente y la competencia global tenía solo unas pocas décadas –la Guerra de los Siete Años y la conquista de la India podrían no haber sucedido nunca– y una vez que la Primera Guerra Mundial llegó felizmente a su final, el mundo se enfrentó al problema de cómo reordenarse pacíficamente «después del imperialismo»³⁷. El análisis se construye, por decirlo de otro modo, dando por sentada la apologética de la Entente en su uso contemporáneo, una literatura ahora tan abundante que Tooze pudo creer que no era necesario repetir sus verdades una vez más, aunque tengan poco o nada que ver con una comprensión seria del conflicto. «La realidad estructural –como ha escrito Alexander Zevin en estas páginas– es que la Primera Guerra Mundial se libró entre imperios, por y para los imperios»³⁸. Sobre el alcance de este hecho fundamental basta consultar el repaso de los combatientes en una exposición detallada reciente, *Empires at War*, que contabiliza su totalidad, incluidos los implicados en el área portuguesa del teatro de hostilidades de África oriental, donde el balance de muertos del Imperio británico superó al total de muertos estadounidenses en Europa³⁹. Fue la distribución desigual del botín planetario lo que precipitó la Gran Guerra: en un sistema en el que cada Estado daba por sentada la conexión entre su poder y sus posesiones, Alemania, la economía industrial mayor y de más rápida expansión, rodeada por las tres mayores potencias territoriales del continente, no podía aspirar a una parte proporcional del saqueo, mientras que Gran Bretaña tenía un imperio tan desproporcionado, en comparación con cualquier otro, que no era posible un equilibrio internacional estable, como vio Lenin en aquel momento y como han señalado los historiadores más críticos desde entonces⁴⁰.

³⁷ A. Tooze, *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order*, cit., p. 20.

³⁸ Alexander Zevin, «The Snuffer of Lamps», *NLR* 94, julio-agosto de 2015, p. 139; ed. cast.: «El apagavelas», *NLR* 94, septiembre-octubre de 2015, p. 144.

³⁹ Véase Robert Gerwarth y Erez Manela (eds.), *Empires at War 1911-1923*, Oxford, 2014, p. 143. Para prevalecer en el combate, Gran Bretaña movilizó de sus imperios de ultramar en torno a dos millones y medio de soldados y Francia medio millón.

⁴⁰ Véase, *inter alia*, David Calleo, *The German Problem Reconsidered*, Cambridge, 1978, pp. 4-5, 24-25, 83-84, 158-159.

La esponja que las justificaciones características de la antigua Entente pasan sobre la Primera Guerra Mundial, tal como las lee Tooze, le permite respaldar una barbaridad. La matanza interimperialista, que costó aproximadamente diez millones de vidas en el campo de batalla y cuarenta millones de bajas de un tipo u otro, queda exonerada de toda responsabilidad por la violencia que le siguió, atribuida en cambio a una rebelión extremista contra la fuerza pacífica del Acuerdo de Posguerra: Hitler y Trotski se hermanaron con ese propósito. Tooze no dedica ni una palabra a la magnitud de la matanza desatada por la civilización liberal de la *belle époque* y menos aún a sus consecuencias sociopsicológicas, que prepararon al mundo para más de lo mismo tras un breve descanso después 1918. Al tratar la Revolución Rusa, Tooze lamenta incluso el obstáculo que supuso para proseguir la guerra: si unas pocas decenas de miles de soldados-campesinos hubieran resistido bajo comandantes como Kornilov, sin que la sedición bolchevique socavara su patriotismo, la solidaridad de la Entente se habría salvado y se habría mantenido a raya en el este a las potencias centrales, en lugar de permitirles emplear como peón a Lenin, estúpidamente salvado del pelotón de fusilamiento por el Gobierno Provisional. En Irlanda, «el ataque suicida de los nacionalistas irlandeses más extremistas contra el poder británico» en 1916 perjudicó el respaldo responsable de Redmond y su partido al esfuerzo bélico, mientras que la guerra de guerrillas por la independencia de 1919-1921 se cobró un «precio terrible», agravado por una guerra civil provocada por el «radicalismo apocalíptico» del Sinn Fein; el resultado de todo ese caos «acumuló violencia para el resto del siglo»⁴¹. En la guerra por la independencia se perdieron unas mil cuatrocientas vidas y tal vez dos mil en la guerra civil, mientras que en las trincheras de Francia, los Balcanes y Oriente Próximo murieron treinta mil irlandeses. ¿Sin violencia? En *The Deluge* no hay ni rastro de la reacción de Henry James frente a la guerra:

La intensa imposibilidad de pensar algo tan vacío e infame en la época en que vivíamos y que considerábamos nuestra como si se tratara de un alto refinamiento de la civilización, a pesar de todas sus conocidas incongruencias; descubrir que, después de todo, llevaba esa abominación en su sangre, y que eso fue lo que *significó* todo el tiempo, es como tener que reconocer, de repente, en el círculo familiar o entre los mejores amigos, una banda de asesinos, estafadores y villanos. Es simplemente una conmoción similar⁴².

⁴¹ A. Tooze, *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order*, cit., pp. 180, 376-377.

⁴² Carta a Claude Phillips, primer albacea de la Colección Wallace, tres días antes del estallido de la guerra. Aunque pronto se convertiría en un patriota inglés adoptivo, James confesaba su «terrible sensación de que la gente de este país» podría

Si la Primera Guerra Mundial terminó con una victoria para la democracia y el Estado de derecho, ¿qué se puede decir de la subsiguiente paz? ¿Encarnaba eso mismo? Tooze no encuentra nada reprochable en el Tratado de Versalles, dando crédito a Wilson, Lloyd George y Clemenceau –con especial simpatía por este último– por sus preocupaciones comprensiblemente diferentes y su disposición a comprometerse mutuamente para imponer un acuerdo común satisfactorio al país al que habían derrotado. Dado que Alemania había sido la agresora, la cláusula de culpabilidad de guerra incluida en el Tratado, el motivo formal para exigirle reparaciones ilimitadas, podía darse por supuesto. Lo que importaba era que los alemanes, por mucho que lo detestaran, tragaran –en su propio interés– la amarga medicina. La filípica de Keynes contra el Tratado, aunque no pasara de ser un *tour de force* retórico, era una jugarreta irresponsable que no solo alentaba la imprudente resistencia de Alemania a pagar, sino que envenenó las relaciones entre Londres y París y envió un regalo de propaganda a Lenin y Trotski. «Ningún individuo hizo más para socavar la legitimidad política de la Paz de Versalles»; y ningún peligro de la época irrita más a Tooze que la posibilidad de que la recién nacida República Alemana hubiera tenido el descaro de rechazar el ultimátum aliado intimándola a aceptar sin rechistar el Tratado.

Afortunadamente, la locura de ultras como Max Weber, que llamó a resistirse con guerrillas si hacía falta, e incluso la de un socialdemócrata tan moderado como el entonces primer ministro Philipp Scheidemann –que abogó por una postura que se parecía demasiado al «Ni paz ni guerra» de Trotski en Brest-Litovsk– fue superada en el último momento y Alemania aceptó el Tratado. Había, sin embargo, demasiado empecinamiento en la República de Weimar, cuyo Pacto de Rapallo –«una fantasía nacionalista autoindulgente»–, firmado por Rathenau con el Estado soviético tres años después, no estaba en consonancia con el espíritu de Versalles; y todavía se produjo otra crisis de alto riesgo al año siguiente, cuando Francia ocupó Renania para asegurar el cobro de su parte de las reparaciones. Pero Stresemann, a diferencia de Rathenau, había entendido perfectamente que Alemania debía mirar a Estados Unidos para mejorar su situación, y en 1924 el Plan Dawes, que facilitó fondos de Wall Street para cubrir los pagos, rescató la democracia alemana aliviándola de las imposiciones de Versalles.

tener que pagar ahora con «brutal justicia» su «aspereza, necedad y descaro», exhibidas desde hacía «tanto tiempo»: Percy Lubbock (ed.), *The Letters of Henry James*, Londres, 1920, vol. II, pp. 389-390.

Tales juicios se derivan naturalmente de la premisa de que la Gran Guerra acabó con un triunfo del bien relativo sobre el mal. Se requería expiación y para volver a unirse a las filas de la respetabilidad el ofensor debía, por su propio bien, aceptar el castigo impuesto, para nada excesivo. Que no se podía construir una paz estable sobre una ficción histórica tan egoísta, rechazada como deshonesto e injusta por la práctica totalidad de la nación obligada a aceptarla, es una consideración que no cabe dentro de ese marco mental. Lo mismo cabe decir de la idea de que Alemania podría haber evitado el ascenso de Hitler si hubiera adoptado el curso defendido por Weber o Scheidemann y rechazado el *diktat* de los Aliados, haciéndoles ver qué beneficios les traería la ocupación del país frente a la inevitable resistencia e invitándoles a considerar cuánto tiempo la tolerarían sus propias poblaciones⁴³. En la Alemania de 1919, dicha resistencia habría unido a la mayor parte del país políticamente activo. Con su capitulación, los políticos centristas, que figuran como héroes en la exposición de Tooze, lograron que el estandarte del rechazo, que ellos mismos sabían que estaba perfectamente justificado y que a su debido tiempo prevalecería, quedara reservado para la derecha radical. Los cimientos del edificio erigido en Versalles estaban podridos desde el principio y predestinados al colapso.

¿Una potencia hegemónica inmadura?

El destino de Alemania, tan esperanzador mientras Stresemann estuvo al timón, constituye el hilo central de la narración de Tooze sobre el nuevo orden mundial surgido después de 1918. Pero el alcance panorámico es amplio, lo que da una notable fortaleza al libro, abarcando China, Japón, India, Egipto, Sudáfrica, y hasta una diapositiva insertada desde la Patagonia. ¿Qué balance emerge en él de la hegemonía estadounidense, tal y como la postula Tooze? Si el escenario conceptual de *The Deluge* la sitúa en un punto del espectro político donde el liberalismo deja de tener una relación particular con la izquierda –su relato de la Revolución Rusa parece sacado del almacén de la Guerra Fría⁴⁴–,

⁴³ Tooze descarta esa perspectiva, que el Alto Mando francés estaba dispuesto a llevar a la práctica, alegando que los Aliados simplemente habrían aislado grandes zonas de Alemania esperando que el resto hambriento recuperara la razón, en una especie de Plan Morgenthau *ante diem*, no menos fantástico o más practicable que las reflexiones del secretario del Tesoro estadounidense en 1944: A. Tooze, *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order*, cit., p. 315.

⁴⁴ Coincidiendo con su traslado a Yale, Tooze pudo informar de que ahora disfrutaba de su «entrada en el nuevo mundo del debate político estadounidense» en confabulaciones con el Consejo Nacional de Inteligencia, *ibid.*, p. xxiii.

la historia posterior que nos cuenta es mucho más ambigua. Tooze no aventura retratos a gran escala de ninguno de sus protagonistas, pero gran parte de lo que cuenta sobre Wilson es claramente incompatible con el papel que inicialmente le asigna de profeta y arquitecto principal de un mundo asegurado para la paz y la democracia. «Emocionado» por la guerra victoriosa de Estados Unidos contra España y la adquisición de sus colonias en el Caribe y el Pacífico, «más agresivo que cualquiera de sus predecesores» en el envío de tropas al Caribe y México, consagrado a la preservación –en sus propias palabras– de «la supremacía blanca en este planeta», Wilson no mencionó la autodeterminación en sus Catorce Puntos, vetó la discusión sobre Irlanda en Versalles y no mostró ningún interés en la apelación de Japón en pro de un compromiso con la igualdad racial en el Pacto de la Liga, entronizando en su lugar la Doctrina Monroe como uno de sus principios fundamentales⁴⁵.

En 1919, después de interrumpir la ayuda financiera a Italia para obligarla a rechazar el tratado con Gran Bretaña y Francia, que la recompensaba en el Tirol y el Adriático por su entrada en la guerra de parte de la Entente, en cuestión de días Wilson le decía a China que debía atenerse al tratado que se le había impuesto, el cual concedía ganancias a Japón en Shandong y Manchuria, porque «la sacralidad de los tratados» era uno de los principios por los que se había librado la guerra⁴⁶. En su propio país, el campeón mundial de la democracia presidió la mayor ola de represión política de la historia estadounidense moderna, que incluyó un pogromo contra los inmigrantes de origen étnico incorrecto. Todo esto puede encontrarse en *The Deluge*, pero ello nunca se articula, mientras los arrestos masivos de 1919 se desvían tácitamente al Fiscal General de Wilson.

Más allá de la persona, la cuestión más importante es si la imagen que ofrece Tooze del dominio global estadounidense ya en el periodo de entreguerras –sobre sus aliados, efectiva hasta la Gran Depresión; en el imaginario de los adversarios, también después– es exacta. Ciertamente, el mérito principal de *The Deluge* es su demostración de la influencia continua de Estados Unidos sobre los principales Estados europeos por el lazo existente entre las deudas de guerra de Gran Bretaña, Francia e Italia, y las reparaciones debidas a Francia y Gran Bretaña por Alemania,

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 44, 60, 120, 193, 326, 269.

⁴⁶ Achacar a Wilson hipocresía en casos como esos es innecesario: la vanidad y el autoengaño eran suficientes.

dejando a Washington en condiciones de ajustar unas y otras según sus intereses. El meollo de la exposición de Tooze de ese estrangulamiento financiero es que, en general, aunque no siempre, tuvo un propósito benigno, tratando de moderar la dureza de los acuerdos de Versalles y de devolver a Alemania a lo que hoy se llamaría «la comunidad internacional». Sin embargo, se subestiman dos características de la relación transatlántica: la implacable avaricia del Estado norteamericano –atribuido se podría argumentar, a lo que ahora se apoda capitalismo buitre– en la obtención de una compensación por su apoyo a la Entente, independientemente de las cargas relativas de la guerra; y el miedo constante a la revolución que llevó a Estados Unidos a respaldar la reacción política allí donde lo considerase necesario para aplastar cualquier amenaza, fomentando desde el principio excelentes relaciones con Mussolini, por ejemplo⁴⁷.

Al arsenal financiero del poder estadounidense, la Conferencia de Washington agregó las ventajas navales. Pero, ¿hasta qué punto esos dos activos, el dinero y los buques de guerra, permitían la *hegemonía* estadounidense, término utilizado una y otra vez por Tooze para describir el papel de Estados Unidos en el mundo desde 1919 hasta 1932? Durante este periodo el tamaño del ejército estadounidense, con menos de 200.000 efectivos, era menor que el del portugués; el Servicio Exterior de Estados Unidos, que databa tan sólo de 1924, apenas había salido del cascarón⁴⁸; todavía no tenía embajada en Moscú; su presencia en China

⁴⁷ Si bien marcó la pauta para las narraciones hiperbólicas de la «preeminencia estadounidense» que impregnaron la Europa de entreguerras con «una impresionante muestra de poder económico, político y moral» (muchos contemporáneos se habrían sorprendido al saber que «desde Suiza hasta la Unión Soviética, los europeos reconocían el liderazgo cultural de Estados Unidos»), el estudio de Frank Costigliola *Awkward Dominion* (1984), el primero de los muchos precursores de *The Deluge: The Great War, America and the Remaking of the Global Order, 1916-1931*, ofrecía una perspectiva menos eufórica. Concediendo que la determinación estadounidense de «preservar para sí mismo los beneficios económicos derivados del patrón oro internacional, de los acuerdos de deudas de guerra, de las inversiones extranjeras y del superávit comercial», mientras «asignaba la mayor parte de las cargas de ajuste a Europa», Costigliola también señalaba que con la esperanza de «contener la agitación revolucionaria» Washington siempre «favoreció a los reaccionarios» cuando y donde fue necesario y así los analistas del Departamento de Estado comparaban optimistamente a los nazis en 1933 con «los fascistas italianos con los que Estados Unidos había colaborado tan estrechamente», F. Costigliola, *Awkward Dominion: American Political, Economic and Cultural Relations with Europe, 1919-1933*, Ithaca (NY), 1984, pp. 263, 217, 178, 164, 139, 260.

⁴⁸ Martin Weil comienza así su estudio de la composición limitada del Servicio Exterior: «Ésta es la historia de un pequeño grupo de caballeros cristianos que fundaron la

no podía compararse con la de Gran Bretaña, que gestionaba de hecho el sistema fiscal del país; en Europa no pasó de ser testigo de la secuela de Versalles en Locarno. ¿Cuál fue la iniciativa que le dio cierta relevancia? El «Pacto de paz» Kellog-Briand de 1928, una fútil lista de deseos bienintencionados, que apenas dejó rastro en la historia de la década de 1930.

Todo esto se deriva de la realidad sobre la que el mismo Tooze llama la atención al describir el fiasco del proyecto de Wilson cuando regresó a Estados Unidos en 1919; el carácter atrofiado y sin modernizar de la propia maquinaria del Estado federal. Pero después de discutirlo e ilustrarlo con fuerza, lo olvida cuando escribe sobre la hegemonía estadounidense, hablando incluso de una orfandad europea una vez que ésta se desvaneció, como si la amable guía paternal de Washington hubiera mantenido al Viejo Mundo a salvo hasta la Gran Depresión, con lo que se precipita al extraer sus conclusiones. El mundo de 1919 no era en absoluto unipolar. La hegemonía estadounidense llegaría más tarde; pero retrotraerla a la época de Harding y Coolidge es un anacronismo, que responde a un capricho del autor más que al registro histórico.

IV. CRISIS FINANCIERA

Con *Crashed* entra por fin en juego la problemática propia de Tooze. Durand ha proporcionado una descripción tan completa del gran logro del libro que no hay necesidad de reiterarlo aquí. Basta recordar su principal argumento: la crisis financiera que estalló en 2008 fue producto de una parálisis repentina de la matriz entrecruzada de los balances de situación empresariales, ya que los préstamos interbancarios de los que dependía se paralizaron en Estados Unidos y en la UE a raíz de la quiebra de Lehman Brothers; su resultado global fue una demostración dramática de que el eje central de las finanzas mundiales no era, como solía imaginarse, estadounidense-asiático, sino estadounidense-europeo. Cuando parecía avecinarse el peligro de una segunda Gran Depresión, solo Estados Unidos la evitó con las medidas de emergencia tomadas por la Reserva Federal y el Departamento del Tesoro en un conjunto de audaces innovaciones –canjes de divisas entre los bancos centrales, flexibilización cuantitativa, regulación macroprudencial–, que estabilizaron el sistema. La respuesta europea, en cambio, no solo se demoró, sino

profesión de la diplomacia permanente en Estados Unidos», M. Weil, *A Pretty Good Club: The Founding Fathers of the US Foreign Service*, Nueva York, 1978, p. 9.

que fue contraproducente, hasta que Draghi resituó al BCE cuatro años después. A raíz de la crisis, la hegemonía estadounidense se reafirmó y el dólar emergió más dominante que nunca en el sistema financiero global. Pero el gerencialismo pragmático que rescató a los banqueros y accionistas dejó a la sociedad tan desigual y aún más dividida que antes, desencadenando revueltas populistas que han desestabilizado tanto a Estados Unidos como a Europa grado de detalle, ninguna otra obra sobre el crac se acerca a la exposición de Tooze.

¿Dónde deja su conclusión de la trilogía las dos preguntas de Durand, sobre política y método? De acuerdo con sus obras precedentes, *Crashed* toma la hipertrofia de las finanzas, que es el objeto heurístico del estudio de Durand, como una situación dada carente de explicación estructural. En ese sentido, también comienza *in medias res*. Las condiciones que generaron la crisis de 2008 se reducen a la desaparición del sistema de Bretton Woods, atribuida a la presión de «la lucha por la distribución de la renta en una sociedad cada vez más rica» y «la liberalización del comercio en Londres de dólares situados en el exterior», como si la Guerra de Vietnam hubiera sido irrelevante para la decisión de Nixon de eliminar su convertibilidad en oro y la consiguiente necesidad de la disciplina neoliberal para detener la inflación: tres frases insignificantes en una obra de seiscientas páginas. Es como si el declive del crecimiento de la economía real en el capitalismo avanzado década tras década –el largo descenso iniciado en la década de 1970– hubiera ocurrido en otro planeta.

Si falta ese marco estructural, que determina un desplazamiento en todo el sistema del capital productivo hacia las finanzas globales hipertrofiadas, la respuesta estadounidense a la crisis sufre en este relato un vacío de fondo similar, aunque más paradójico, ya que al principio, después de afirmar que sólo Estados Unidos demostró ser capaz de vencer el desafío planteado por la crisis, Tooze escribe: «Esa capacidad es un efecto de estructura, ya que Estados Unidos es el único Estado que puede generar dólares», y agrega de inmediato: «Pero también es una cuestión de acción, de opciones políticas: positivas en el caso estadounidense, desastrosamente negativas en el caso europeo». El trabajo que sigue, sin embargo, olvida por completo la capacidad estructural –no se vuelve a mencionar ni una sola vez–, ofreciendo en cambio una apología de las decisiones políticas tomadas por la Reserva Federal y por el Departamento de Tesoro bajo el mando de Bernanke y Geithner para salvar al mundo del desastre, aunque a expensas de algunos efectos

secundarios desgraciados. Lo que omite esa edificante historia es el hecho simple y central de la libertad de acción única de la que disfrutaron Estados Unidos dadas las prerrogativas del dólar como la principal moneda de reserva y depósito de valor del mundo.

Una comparación histórica basta para mostrar por qué el gobierno de Obama pudo evitar una depresión a diferencia del de Hoover. Cuando el Kreditanstalt colapsó en Austria en 1931 –el verdadero detonante, más que el colapso de Wall Street en 1929, del inicio de la depresión–, Hoover, menos rígido que su leyenda, aprobó el presupuesto más expansivo de la década, que contemplaba un déficit equivalente a más de la mitad del gasto federal. Sin embargo, la desaprobación nacional y extranjera de dicha medida fue tan fuerte que se echó atrás al año siguiente introduciendo aumentos de impuestos. Mientras Estados Unidos estuviera atado al patrón oro, no podía permitirse una relajación fiscal o monetaria importante sin arriesgarse a un asalto contra el dólar, que las autoridades no estaban dispuestas a tolerar⁴⁹. Ocho décadas después, por el contrario, Estados Unidos pudo arrostrar un enorme déficit comercial e imprimir tanto dinero como le viniera en gana sin temor a las represalias de los inversores o tenedores de bonos extranjeros, que generalmente eran los más interesados en los títulos del Tesoro y las acciones de Wall Street cuanto más tensas se hacían las condiciones económicas en general. Por eso el gobierno de Obama pudo incurrir en el mayor déficit fiscal en tiempos de paz registrado en la historia de Estados Unidos: saltó impunemente del 2,7 por 100 del PIB en 2007 al 13 por 100 en 2009. Ningún país de la Eurozona podía hacer algo así, ya que el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1997-1999 prohibía en principio cualquier déficit superior al 3 por 100, una norma cimentada por el Pacto Fiscal de 2013 e inscrita incluso en las constituciones de Italia y España. Esta enorme diferencia estructural desaparece en *Crashed*, donde el marco institucional del Tratado de Maastricht y la unión monetaria que creó no

⁴⁹ Hoover «compartía con muchos economistas de su época la opinión de que las políticas fiscales y monetarias debían destinarse a apoyar al oro en lugar de promover directamente la expansión económica interna o la estabilidad bancaria»: Nicholas Crafts y Peter Fearon, «Lessons from the 1930s Great Depression», *Oxford Review of Economic Policy*, vol. 26, núm. 3, 2010, pp. 285-317, donde también se refuta la leyenda opuesta de que el *New Deal* se basó en gran medida en estímulos fiscales. Sobre la demostración clásica de que la incapacidad de relajar la política monetaria –para Friedman y Schwartz, la causa principal de la Depresión– estuvo esencialmente determinada por un miedo racional bajo el patrón oro a una crisis cambiaria y a la devaluación del dólar, véase Barry Eichengreen, *Golden Fetters: The Gold Standard and the Great Depression, 1919-1939*, Nueva York, 1992, pp. 295 y ss.

significan tanto como para merecer figurar en el índice. Las respuestas divergentes a la crisis de Estados Unidos y Europa no fueron sólo una cuestión de opciones políticas: fueron el producto de dos estructuras radicalmente diferentes, una de ellas habilitadora y la otra inhibidora.

La pieza perdida

Quienes disfrutaban de la libertad imperial del dólar se han jactado no solo del éxito de las decisiones que tomaron, sino también de su valor para tomarlas. Las memorias –con ayuda de autores en la sombra– de Bernanke y Geithner, tituladas respectivamente *The Courage to Act* y *Stress Test*, presentan su periodo de mandato como una prueba terrible, valientemente afrontada y audazmente superada, que salvó al país con medidas innovadoras sin precedentes mientras se tambaleaba al borde de un abismo. *Crashed* critica su insinuación de que ambos no tenían ninguna responsabilidad en esos peligros y que el resultado de sus esfuerzos fue un beneficio absoluto para todos, pero no cuestiona seriamente el interesado patetismo de su supuesta heroicidad⁵⁰.

Esto se debe en parte a una pieza perdida en el rompecabezas de las finanzas globales que Tooze recompone por otra parte con tanta habilidad. Japón, la tercera economía del mundo, apenas aparece en *Crashed*. Ciertamente, eso no se debe a falta de competencia o de interés por parte de Tooze: *The Deluge* presta la debida atención al país y a su economía

⁵⁰ «El terror de aquellos días [...] la abrumadora carga de responsabilidad combinada con el miedo paralizante a un fracaso catastrófico [...] la soledad y el entumecimiento»: así se expresa excitadamente el autor en la sombra de las memorias de Geithner prestado por *Time*, Timothy Geithner, *Stress Test*, Nueva York, 2015, p. 200. Tooze: «No hay razón para dudar de la sinceridad de esas declaraciones. Era una situación aterradora», *Crashed*, cit, p. 164. Posteriormente, en una conferencia pronunciada en la librería de la *London Review of Books*, ha ido aún más lejos al relatar una entrevista –«la conversación transcurrió espléndidamente»– con el antiguo secretario del Tesoro, ahora banquero de Warburg Pincus, en la que ha descrito el «carisma y energía formidables que Geithner exuda en una medida extraordinaria –«es una auténtica figura napoleónica»– y repetido la frase de este que más le impresionó: «Desde la década de 1990 hemos estado desafiando la ley de la gravedad». Tooze prosigue: «Eso me sorprendió realmente». ¿Por qué? Porque «para alguien como yo, Estados Unidos no está sometido a la ley de la gravedad; Estados Unidos es la propia fuerza de la gravedad, la fuerza gravitacional que organiza el poder global en el siglo XX». No hay por qué sorprenderse; el mismo tropo estaba ya presente en T. Geithner, *Stress Test*, cit., p. 105. La imagen de Estados Unidos en este caso –no realmente subliminal– es la de la cultura digamos popular del autor, que debe leerse en el registro opuesto: Estados Unidos surcando las alturas, como Superman bajo su capa.

durante el periodo de entreguerras. Su omisión es más bien un requisito del relato, ya que su inclusión habría arrojado una luz diferente sobre el mismo. Y ello porque casi todas las audaces innovaciones que Tooze atribuye a las autoridades estadounidenses para detener la crisis de 2008 (y otras) habían sido exploradas previamente por sus homólogas japonesas –en la mayoría de los casos mucho antes de la década de 1990 y ello en una medida más amplia– sin darse por ello golpes de pecho. No solo la flexibilización cuantitativa –compra de bonos por el banco central para inyectar liquidez en el sistema financiero– y la información anticipada [*forward guidance*] sobre la probable evolución de la política monetaria, sino «operaciones de mantenimiento de precios» (llamadas así irónicamente por el eufemismo utilizado por la ONU respecto a las misiones de paz) para respaldar los valores de las acciones y la «estimación cuantitativa-cualitativa» (compra por los bancos centrales de bonos y otros títulos empresariales). No solo la «política de tipo de interés cero», sino el uso por primera vez de tipos de interés negativos y del control de la curva de rentabilidad. Todo esto a una escala que deja en mantillas el uso estadounidense de herramientas heterodoxas. El exceso de reservas creado por el uso de la flexibilización cuantitativa por el Banco de Japón ha sido mayor que el creado por la Reserva Federal, en una economía cuyo tamaño es una cuarta parte de la estadounidense⁵¹. Como porcentaje del PIB, el balance general del Banco de Japón es casi cuatro veces mayor que el de la Reserva Federal.

Esta enorme inyección de liquidez en la economía fue posible no sólo porque, a diferencia de Estados Unidos, Japón ha registrado un superávit comercial durante la mayor parte de los últimos cuarenta años, sino también porque el 95 por 100 de su deuda pública, denominada en su propia moneda, está en manos de instituciones y familias nacionales, lo que la hace prácticamente tan invulnerable frente a la pérdida de confianza extranjera como la supremacía del dólar a Estados Unidos, si no más, pese a que el volumen de su deuda sea doble. También lo es la innovación más importante en «la gama totalmente nueva de herramientas de la política económica», como resume Durand el argumento de Tooze en relación con la «supervisión macroprudencial» del sistema financiero: la decisión del Ministerio de Finanzas japonés en 1998-1999 de concentrar once «grandes bancos» en solo tres «megabancos» y un

⁵¹ Fed: 2,1 billones de dólares; BoJ: 2,87 billones de dólares [305 billones de yens]; véase Richard Koo, *The Other Half of Macroeconomics and the Fate of Globalization*, Chichester, 2018, p. 131.

cuarto para gestionar operaciones nacionales exclusivamente –por no hablar del control del Banco de Japón sobre un mercado bursátil del que es dueño del 75 por 100 de los fondos negociados en el mismo y de su condición de ser uno de los principales diez accionistas en el 40 por 100 de las empresas japonesas⁵²– pone en entredicho las aprensivas intervenciones de Geithner con respecto a Citigroup y el resto de entidades bancarias estadounidenses, así como su tímida intervención en el paquete legislativo de Dodd-Frank. El Ministerio de Finanzas japonés, más radical en todos esos asuntos que el Departamento del Tesoro estadounidense, también lo fue en el área más tradicional de la política fiscal, emprendiendo «el mayor programa de gasto público en tiempo de paz conocido en toda la historia»⁵³, el cual mediante los sucesivos paquetes de estímulo aprobados durante la década de 1990 llegó a totalizar 1,3 billones de dólares aproximadamente, casi el doble de la suma contemplada en la *American Recovery and Reinvestment Act* de Obama⁵⁴. Para ello Japón pudo aprovechar un precedente histórico: antes de la guerra, el país lideró el mundo en la recuperación de la Gran Depresión con la coordinación de una política de expansión monetaria y el uso inmediato de políticas de estímulo fiscal –algo nunca intentado por el *New Deal*– dirigida por el ministro de finanzas Takahashi Korekiyo⁵⁵.

Cuando sobrevino la crisis de 2008, el sector manufacturero se vio muy afectado: las exportaciones japonesas se redujeron a la mitad y el país sufrió una caída del PIB, algo que no había conocido desde mediados de la década de 1970, ni siquiera cuando estalló la burbuja inmobiliaria en 1989. Pero su sistema financiero apenas se vio sacudido por la quiebra

⁵² *Financial Times*, 27-28 de julio de 2019.

⁵³ Véase R. Taggart Murphy, *Japan and the Shackles of the Past*, Nueva York, 2014, p. 190. Su análisis de las instituciones y vicisitudes de la economía japonesa en la posguerra es inigualable. El paquete de rescate de octubre de 1998 fue de 72 billones de yenes (en volumen absoluto, el paquete de la República Popular China de 2009 fue el doble que el de Japón en 1998, aunque cinco veces menor per cápita).

⁵⁴ Sean Ross, «The Diminishing Effect of Japan's Quantitative Easing», *Investopedia*, 25 de junio de 2019. Alarmado por el coste potencial de los déficits subsiguientes en caso de elevar los tipos de interés, el Ministerio de Finanzas japonés reduciría periódicamente la expansión al aumentar el impuesto sobre las ventas, siempre con efecto negativo, como insiste Murphy.

⁵⁵ Véase, entre otros, Barry Eichengreen, *Hall of Mirrors: The Great Depression, the Great Recession and the Uses –and Misuses– of History*, Oxford, 2015, pp. 256-257: «Ésta fue, pues, una política monetaria agresivamente reflacionaria, creíble gracias a la expansión fiscal. En otras palabras, fue precisamente la política que se decía, erróneamente, que se había seguido en Estados Unidos bajo Franklin D. Roosevelt. Pero en Japón, a diferencia de Estados Unidos, la expansión fiscal fue real».

de Lehman Brothers⁵⁶, lo que atestigua el hecho de que los bancos japoneses, a diferencia de los europeos, no estaban encadenados en un nexo tan fatal con sus socios estadounidenses. Si el Banco de Japón recurrió a los canjes de dólares de la Reserva Federal para prestarlos, nunca se vio en la obligación de hacerlo, ya que las reservas de divisas en Tokio eran más de siete veces mayores que esos préstamos, «por lo que podría decirse que Japón no necesitaba esa línea de canje»⁵⁷ y, por lo tanto, no tiene cabida en la exposición del crac de Toozé. Sin embargo, pocas imágenes de archivo del periodo son tan familiares como el terrible destino de Japón, evocado debidamente por Geithner para el consumo de la Casa Blanca: años de estancamiento persistente desde 1989, en comparación con el fuerte crecimiento estadounidense hasta 2008, y recuperación después. ¿No convierten estos hechos su historia reciente en un ejemplo objetivo sobre lo que hay que evitar? Ciertamente, la variante japonesa no ha escapado a las plagas comunes del capitalismo avanzado en esta época: aumento de la pobreza, precariedad, desigualdad, sindicatos en declive, salarios estancados, aumento de los beneficios. Sin embargo, su tasa de crecimiento per cápita no ha sido mucho peor que la de Estados Unidos, como admite hasta el propio Bernanke⁵⁸; el desempleo nunca

⁵⁶ Véase Mitsuhiro Nakano, *Financial Crisis and Bank Management in Japan (1997 to 2016)*, Londres, 2016, p. 94. La difícil situación del sector manufacturero afectó, por supuesto, a los bancos como acreedores de empresas en dificultades, una presión convencional totalmente distinta de la congelación de los préstamos interbancarios.

⁵⁷ William Allen, *International Liquidity and the Financial Crisis*, Cambridge, 2013, p. 136; el uso máximo de los canjes por parte del Banco de Japón fue de 127,6 millardos de dólares; las reservas de divisas se situaban en 971,6 millardos, p. 129. ¿Por qué recurrió el Banco de Japón a los canjes? Hablando formalmente, las reservas de Japón –mantenidas en una Cuenta Especial de Divisas– están controladas por el Ministerio de Finanzas. Pero aunque desde 1998 el Banco de Japón ha sido técnicamente independiente del Ministerio de Finanzas y aunque sus perspectivas no siempre coincidan, este último es una entidad «soberana» y puede disponer de sus reservas como lo desee, mientras que el primero –del cual el Estado posee el 55 por 100 de su propiedad– no lo es; así que esto no era una dificultad insuperable. Véase Akio Mikuni y R. Taggart Murphy, *Japan's Policy Trap: Dollars, Deflation and the Crisis of Japanese Finance*, Washington DC, 2002, pp. 48-49, 115. La Reserva Federal, no obstante, estaba ansiosa por la posibilidad de que se intentaran cobrar las tenencias en dólares por parte de Tesoros extranjeros temiendo que se desatara el pánico, por lo que probablemente las autoridades japonesas se prestaron a aplacarla y el Banco de Japón solicitó líneas de canje con un espíritu solidario –y también como miembro del club de los principales bancos centrales–, más que porque realmente las necesitara.

⁵⁸ Ben Bernanke, «Some Reflections on Japanese Monetary Policy», Brookings, 23 de mayo de 2017, p. 4. Bernanke se ha pavoneado constantemente por su previsión al criticar las deficiencias de la gestión de sus asuntos económicos por parte de Japón y por no mostrar la «resolución rooseveltiana» del tipo que él mismo dice encarnar: véase su «Japanese Monetary Policy: A Case of Self-Induced Paralysis», 1999,

ha aumentado tanto; hay menos polarización entre opulencia y miseria; la sanidad, la educación, la seguridad y la esperanza de vida de sus ciudadanos son todas ellas mejores. Tras un velo de ignorancia rawlsiana, ¿quién preferiría vivir en el país de las barras y estrellas?

Competencia intensificada

Más en general, si Tooze nunca aborda realmente la naturaleza subyacente de la Gran Recesión y lo que podría presagiar para el futuro, es en parte porque también en este sentido la exclusión de Japón tiene un coste significativo. Entre las casi dos mil referencias a pie de página de *Crashed* no hay ninguna para el notable economista taiwanés Richard Koo, de Nomura Research, una de las mentes más originales en ese campo⁵⁹, cuyo libro *Balance-Sheet Recession: Japan's Struggle with Uncharted Economies and Its Global Implications* (2003) explicó por primera vez las razones por las que, después del colapso de los precios de los activos japoneses en la década de 1990, los tipos de interés ultrabajos y las inyecciones masivas de liquidez en la economía por parte del Banco de Japón no lograron superar el estancamiento: esencialmente porque las empresas habían pasado de los imperativos normales de maximización de los beneficios a intentar minimizar sus deudas, dejando de pedir prestado e invertir, por muy baratos o abundantes que fueran los fondos disponibles.

¿Pero por qué fue entonces insuficiente la demanda para inducir a las empresas a invertir? Quince años después, en *The Other Half of Macroeconomics and the Fate of Globalization*, Koo ofreció una respuesta. Históricamente, las vías de crecimiento se podían dividir en tres periodos: una época anterior al punto de inflexión de Lewis [*Lewis turning-point*], cuando una abundante oferta de mano de obra excedente procedente de las zonas rurales permite el despegue de la industrialización basada en salarios baratos y en el incremento de las desigualdades; una «edad de oro», cuando se alcanza el mencionado punto de inflexión,

y el ronroneo de satisfacción posterior («gran parte de lo que escribí sobre Japón en la década anterior a la crisis financiera mundial se ha visto confirmado en buena medida»). En *The Courage to Act* Bernanke informa al lector con autocomplacencia de que «el Banco de Japón adoptó mis sugerencias catorce años después»; más aún, la prensa de Tokio ahora esperaba que el gobernador entrante del Banco de Japón, Kuroda, «adoptara más “tácticas similares a las de Bernanke”», pp. 41, 552.

⁵⁹ Koo, hijo de un destacado adversario de la toma del control de la isla por el Kuomintang exiliado después de 1947 en Japón, nació y creció en este país para trabajar posteriormente durante un tiempo con Volcker en la Reserva Federal de Nueva York antes de regresar a Tokio.

se generaliza la urbanización, los mercados laborales se contraen, los patronos tienen que aumentar los salarios y la productividad, y la desigualdad disminuye, impulsando el consumo masivo y un crecimiento mucho más rápido; finalmente, una etapa «de persecución», posterior al punto de inflexión de Lewis, cuando los actores económicos que disfrutan de niveles salariales previos a este, pero disponen de tecnologías modernas, invaden los mercados de sus competidores, quienes intentan adaptarse a la nueva situación a partir de ese momento, lo cual contrae sus oportunidades de inversión doméstica y les obliga a exportar capital a lugares de bajos salarios, hecho que propicia la disminución de las tasas de crecimiento e incrementa la desigualdad en el propio país. Los trabajadores, «explotados» en la primera fase y «pacificados» en la segunda, están cada vez más «abandonados a su suerte» en la tercera, dejados de lado por los patronos y por sus superiores. Estados Unidos fue el primero en sufrir la persecución por parte de Japón y Alemania en las décadas de 1960 y 1970; Japón se vio a su vez perseguido por Corea del Sur y Taiwán en la de 1980, y luego China se convirtió en el perseguidor de todos ellos. La característica del periodo actual, argumenta Koo, es la llegada acelerada y la vida más corta de las edades de oro que disfrutaban los recién llegados, a medida que se van uniendo cada vez más países a la caravana mundial⁶⁰.

Se puede percibir de inmediato que el resultado final de este esquema histórico comparativo converge con la hipótesis de Durand sobre el alivio traído por la financiarización a las economías «perseguidas», así como con la explicación de Robert Brenner de la larga recesión que se instaló en ellas desde la década de 1970⁶¹. Sin tener en cuenta el trabajo de Koo, Lawrence Summers ha ofrecido recientemente un escenario que encaja de manera sorprendente desde otro ángulo. ¿Qué pasaría si las recetas estándar del momento para evitar otra crisis (flexibilidad monetaria, expansión fiscal, regulación macroprudencial) resultaran inadecuadas? Entonces podrían ser necesarias medidas extremas. «Considérese a lo que ha tenido que recurrir la política macroeconómica japonesa para sostener la demanda y mantener el 1 por 100 de crecimiento anual durante los últimos veinte años: tipos de interés, tanto a corto como a largo plazo, cercanos a cero, grandes déficits fiscales que provocan un gran aumento

⁶⁰ R. Koo, *The Other Half of Macroeconomics and the Fate of Globalization*, cit., pp. 54-77.

⁶¹ Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Londres y Nueva York, 2006, *passim*; ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, Madrid, 2009.

de la deuda pública, compras masivas del banco central y recurso a la demanda externa en forma de superávit por cuenta corriente», siendo este último, crucialmente, «una opción que no estaría al alcance de otros países si les afectara la misma debilidad. Si Japón fuera una muestra de lo que sucederá en el resto de los países avanzados, lo que se necesitaría sería una revolución en la política macroeconómica». ¿Era ésta una perspectiva realista? «Si Estados Unidos o Europa entraran en recesión en los próximos años, es muy probable que su situación se pareciera mucho a la de Japón, con tipos de interés cero, grandes déficits fiscales, inflación por debajo del objetivo y crecimiento inadecuado. Puede que baste una recesión cíclica más para que se imponga la necesidad de una revolución»⁶². Eso significaría reducir drásticamente las temeridades de la Reserva Federal, tras la encarnación de la arrogancia neoliberal por parte de Clinton en la confiada década de 1990.

Las raíces de la eurocrisis

En la crisis, una innovación monetaria de la que la Reserva Federal se proclamó autora fueron sus líneas de canje que suministraban liquidez en dólares a los bancos europeos, algo que señala legítimamente Tooze como una transgresión inadvertida de su mandato nacional⁶³. Sin embargo, el propio entrelazamiento entre los sistemas financieros de Estados Unidos y Europa, que constituye el tema central de su libro, deja claro que, una vez que se decidió rescatar a los bancos y compañías de seguros estadounidenses, la Reserva Federal no tenía otra opción

⁶² Sin mencionar siquiera la deuda por valor de 17 billones de dólares con rentabilidad negativa –cuando hace tan solo nueve meses era de 8,3 billones de dólares–, que actualmente pesa sobre la economía global. Olivier Blanchard y Lawrence Summers, «Introduction: Rethinking Stabilization Policy: Evolution or Revolution?», en *Evolution or Revolution? Rethinking Macroeconomic Policy after the Great Recession*, Cambridge (MA), 2019, pp. xxxviii-ix; el volumen contiene contribuciones de la *crème de la crème* del mundo de los bancos centrales y del areópago de la reflexión académica: Bernanke, Draghi, Haldane, Coeuré, Rubin, Gopinath, Rodrik, Rajan, Eichengreen, Reinhart, etcétera.

⁶³ En su autofelicitación conjunta para el consumo popular, Bernanke, Geithner y Paulson dedican solo cuatro frases discretas a los canjes: *Firefighting: The Financial Crisis and its Lessons*, Nueva York, 2019, pp. 42-43. En la realidad histórica, a diferencia de la difundida leyenda, las permutas entre bancos centrales no fueron un brillante invento de 2008; se remontan a la década de 1970, cuando el presidente de la Reserva Federal durante aquel periodo, William McChesney Martin, las creó para defender al dólar frente a ataques especulativos y detener el drenaje de oro de las reservas estadounidenses durante la Guerra de Vietnam. Para los detalles, véase «The Fed's Novel Idea», en Daniel McDowell, *Brother, Can You Spare a Billion? The United States, the IMF and the International Lender of Last Resort*, Nueva York, 2017, pp. 54-63.

que seguir el ejemplo con sus socios europeos, al estar tan entretnejidos ambos, dominando de hecho estos últimos el mercado en la capa más arriesgada de hipotecas titulizadas en Estados Unidos. No hay por qué hacer virtud de tal necesidad. Al otro lado de los canjes, parece bastante claro que los bancos centrales europeos, en lugar de sentirse sorprendidos y abrumados por la generosidad estadounidense, contaban con ella por adelantado. Como le dijo a Tooze uno de esos banqueros centrales, tal vez Mervyn King: «Dada nuestra larga historia de relaciones con la Reserva Federal, no esperábamos tener dificultades para conseguir dólares». Pero no está nada claro por qué debería describirse esto como «una suposición asombrosamente audaz» en lugar de calificarlo tranquilamente a la inversa⁶⁴.

Sin embargo, el dominio de Tooze del nexo noratlántico dentro del panorama de las finanzas globales arroja una imagen sorprendente de su ala europea, desinflando autoimágenes complacientes del Viejo Mundo. Denuncia como una ilusión la idea de que la «Europa social» difería de manera significativa de la lógica del capitalismo financiero vigente en Estados Unidos. En realidad, Europa estaba mucho más sobrecargada por los bancos que Estados Unidos. En volumen de activos, los tres bancos mayores del mundo en 2007 eran europeos, mientras que los pasivos del sistema bancario en cada país miembro de la Eurozona, medidos en proporción a su PIB, eran al menos tres veces mayores que los estadounidenses⁶⁵. No fue casualidad que los primeros temblores del inminente terremoto no se dejaran sentir en Estados Unidos, sino en la UE al hilo de la crisis de BNP Paribas y el colapso de Northern Rock entre agosto y septiembre de 2007. Entrelazamiento con Estados Unidos hacia el oeste; depredación en la propia Europa hacia el este, donde Tooze muestra el alcance de la apropiación financiera de activos locales en los antiguos países comunistas por parte del capital holandés, austriaco y escandinavo. Tampoco tiene más que desdén, por supuesto, por el papel del BCE y el giro hacia la austeridad una vez que estalló la crisis.

En uno de los muchos pasajes fascinantes del libro, Tooze pronuncia un veredicto condenatorio sobre el tratamiento de Grecia por parte de la Comisión, el BCE y el FMI, y posteriormente el Consejo Europeo, que dictó su destino a partir de 2010. El aplastamiento del intento de Syriza de negociar términos menos draconianos para su sociedad y su economía

⁶⁴ A. Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, cit., p. 90.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 110.

no solo se describe vívidamente, sino que se enmarca en el contexto más amplio de la frustración de los gobiernos de izquierda durante esos años por la imposición externa de la «disciplina política y financiera» sobre ellos. Nadie puede dudar de qué lado están las simpatías de Tooze frente a este ejercicio de poder brutal. Pero, ¿de dónde vino esa disciplina y hasta dónde se extendió? En este punto crucial, su relato se ausenta. En su centro se encuentra la naturaleza de la Unión Europea y la posición de Alemania dentro de ella. *Crashed*, evasivo con respecto a la primera e inconsistente en cuanto a la segunda, no ofrece una explicación coherente de la relación entre ellas, protegiendo con esmero a ambas.

En ese sentido es decisiva la elusión del libro con respecto a las decisiones tomadas por los responsables políticos de las estructuras en las que trabajan. ¿Cuál fue la matriz de la unión monetaria creada en Maastricht? En *Crashed*, Tooze no concede apenas una palabra al Tratado, aunque en otros lugares ha hablado de sus objetivos como la creación «sigilosa de una sociedad europea» y la «vinculación de Alemania a Europa»⁶⁶. Ignora el diseño ordoliberal cuidadosamente delineado de una moneda única gestionada por un banco supranacional, al margen y por encima de cualquier electorado democrático, que aísla las fuerzas del mercado de una voluntad popular intrínsecamente opuesta a ellas, como defendió Hayek ya antes de la guerra y materializaron sus discípulos de Friburgo más tarde; el mundo intelectual de los *Globalists* de Quinn Slobodian. El mandato del BCE garantizaría únicamente la estabilidad de precios, pero por si acaso se le agregó una camisa de fuerza fiscal en la década de 1990. Los autores de cada un de estos artilugios eran alemanes: Karl-Otto Pöhl y Theo Waigel. Las disposiciones de este último pronto fueron ignoradas por la propia Alemania, sin que se le impusieran sanciones; las del primero hallaron mayor dificultad, ya que prohibían al banco central comprar bonos públicos. Pero a su debido tiempo esa regla también se eludió cuando se consideró necesario⁶⁷. La flexibilización cuantitativa comenzó en el BCE con Trichet, aunque demasiado tímidamente en opinión de Tooze.

⁶⁶ A. Tooze, «A General Logic of Crisis», *London Review of Books*, 5 de enero de 2017, p. 7. De su intención económica, sólo comenta asépticamente que trataba de «instalar un régimen deflacionario permanente».

⁶⁷ «Toda la idea de sortear las normas europeas e introducir la flexibilización cuantitativa sin llamarla así fue extremadamente inteligente», dijo el 8 de febrero de 2012 al *Financial Times* Lucrezia Reichlin, exjefa de investigación del BCE, agregando que fue idea de Trichet.

La reorganización de Europa

Descartando la idea de que cualquier conflicto ineludible entre mercados y pueblos, entre capitalismo y democracia, tuviera algo o mucho que ver con las presiones sobre Grecia y los miembros más débiles de la eurozona durante la crisis, Tooze culpa en cambio a la negativa del BCE a comprar bonos en la cantidad requerida. Sin embargo, cuando lo hizo de la mano de Draghi, la presión sobre Grecia no disminuyó, sino que se mantuvo, como él mismo reconoce⁶⁸. Su explicación del papel de Alemania durante esos años se contradice igualmente. Por un lado, insiste en que su historia le prohibía cualquier «estrategia de dominación o incluso un liderazgo demasiado asertivo», eximiendo a su clase política de tal tentación; por otro, se ve obligado a informar que cuando Papandreou y Berlusconi fueron destituidos como primeros ministros de Grecia e Italia en 2011, se podía oír alardear a los altos funcionarios de Berlín: «Hacemos el cambio de régimen mejor que los estadounidenses»; y admite que el Pacto Fiscal de 2013 fue una imposición directa del «freno a la deuda» por parte de Alemania en el resto de la Eurozona. Hasta Habermas pudo decir consternado que Alemania reclamaba abiertamente la hegemonía en Europa⁶⁹.

La verdad es que la Unión Europea, tal como se construyó en Maastricht, a medio camino entre los principios confederales y federales, era una estructura *sui generis* institucionalmente compleja, cuya lógica, a medida que aumentaba el número de miembros, requería en la práctica un Estado o bloque de Estados que la liderara. En razón no sólo del tamaño de su economía y de su población, sino también de la ideología y la experiencia local de su clase política, Alemania era el candidato natural para desempeñar ese papel, siendo el país una unión federal, arquitecto del banco central que guiaría la unión monetaria de Europa, y fuente de su cultura legal. Las mentes alemanas más perceptivas, al contrario de Tooze, no tuvieron dificultades para explicar el papel de su país como potencia hegemónica dentro de la UE del nuevo siglo, tan necesario para su coherencia como lo había sido Prusia para el Segundo Reich, otra estructura federal, bajo el mando de Bismarck⁷⁰. A escala interestatal,

⁶⁸ Compárese con A. Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, cit., pp. 397 y 532.

⁶⁹ Compárese *ibid.*, pp. 113-114, con pp. 412, 417-418, 534.

⁷⁰ Para dos casos destacados, véase P. Anderson, *The H-Word*, Londres y Nueva York, 2017, pp. 169-176; ed. cast.: *La palabra H. Peripecias de la hegemonía*, Madrid, 2018, cap. 12: «Perspectivas de futuro. Un nuevo aspirante», pp. 195-201.

por supuesto, tal y como había mostrado Hayek, la soberanía popular quedaba excluida. A escala nacional se mantenía, aunque ahora debidamente limitada. Lamentablemente, sin embargo, la expresión directa de la voluntad popular, inaceptable en la República Federal, persistía en varios de los países miembros. Un referéndum en Francia había estado a punto de frustrar los esfuerzos de Maastricht; el de Dinamarca había excluido al país de la moneda única, otro en Irlanda había amenazado igualmente el Tratado de Niza y, lo peor de todo, algo verdaderamente descorazonador, la posibilidad de una Constitución europea que estableciera la libertad del mercado como valor rector de la Unión había sido rechazada abrumadoramente, no solo por la famosa volubilidad francesa, sino incluso por los fieles neerlandeses en los referéndums de 2005. ¿Qué se podía hacer? Alemania no perdió el tiempo. Merkel confeccionó rápidamente un facsímil de la Carta como un tratado a firmar por los gobiernos en los que se podía confiar que cumplirían con su deber, a diferencia de los votantes poco fiables, y en Lisboa se adoptó el documento requerido *nemine contradicente* [unánimemente].

¿Cómo aparecen esos acontecimientos en *Crashed*? «La hostilidad de la izquierda hacia el carácter promercado de la UE y la hostilidad nacionalista hacia Bruselas» se unieron para dar un recio golpe a la elite europea. «Cualesquiera que fueran los aciertos y los errores de la constitución, la democracia popular había prevalecido». En un amén, cabría decir. Imperturbablemente, Tooze continúa:

Dada la realidad de una integración económica y financiera cada vez más estrecha y la ampliación de la UE a Europa del Este, el proyecto de reorganización de Europa no podía abandonarse por las buenas. Había que encontrar un sustituto. Si una verdadera constitución ya no era una propuesta viable, Europa tendría que proceder mediante la fórmula bien probada del tratado intergubernamental. Esto le dio un papel clave a Alemania, y desde noviembre de 2005 eso significó la canciller Angela Merkel⁷¹.

Con otras palabras, la tarea vital de «reorganizar Europa» no tenía nada que ver con la democracia, sino todo lo contrario, y el líder designado para castrarla –ni siquiera se requería una explicación: ¿quién si no?– era la canciller alemana. Su «papel clave» venía simplemente «dado».

No es que las estructuras articuladas de una confederación ordoliberal y la hegemonía de Berlín dentro de ella hayan estado siempre totalmente

⁷¹ A. Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, cit., p. 113.

ajustadas, ni que la puesta en marcha operacional de la primera requiera invariablemente la segunda. En otros lugares Tooze puede ser más contundente acerca de las actividades del BCE, que aun teniendo diseño y sede alemanes nunca ha tenido a un alemán como presidente, describiendo la demanda de Trichet y Draghi de que los gobiernos español e italiano redujeran el gasto y aumentaran los impuestos –en Italia, si era necesario, invocando poderes de emergencia de la Guerra Fría–, so pena de negarles la compra de sus respectivos bonos públicos, como un «intento descarado de cambiar el equilibrio del poder social y político mediante la política monetaria»⁷². Pero ni episodios como estos, ni la posterior imposición del Pacto Fiscal –que no por casualidad se incluyó grotescamente en las constituciones de España e Italia–, ni siquiera el saqueo de Grecia, por no hablar del destino aún más severo de Chipre (castigado con una despiadada expropiación de los depositantes locales, mientras que las instituciones financieras de la UE no perdieron ni un céntimo), que no merecen comentario alguno, dan lugar a una nueva reflexión crítica general sobre la Unión responsable de todos ellos. Por sí mismo, un relato situacional-táctico la excluye.

Sin embargo, detrás de todo ello se halla claramente un *parti pris* [opinión preconcebida]. La moneda única es el arca de un pacto que no debe ser cuestionado. Tooze no entra en los detalles de su intangibilidad, limitando la alusión a ellos a una nota a pie de página respaldada por un par de comentarios técnicos que declaran inadmisibles las dudas al respecto. Pero evidencia una susceptibilidad extrema sobre el tema con su tratamiento de argumentos en desacuerdo con ese valor central como poco más que regresiones a tropos propios del nacionalsocialismo⁷³. No se necesitan pruebas de los beneficios económicos del euro, difíciles por otra parte de conseguir⁷⁴. Para explicar su voluntad de hacer lo que fuera

⁷² *Ibid.*, pp. 398-399.

⁷³ La insinuación en «A General Logic of Crisis» de que Wolfgang Streeck, un destacado crítico de la UE desde Maastricht, debe de estar infectado por el antisemitismo, pertenece al *sottisier* [breviario de tonterías] de un europánfilo propenso a aturullarse en tales vuelos de imaginación, como en el caso de la advertencia de Habermas a los votantes franceses de que si rechazaban la Constitución Europea de 2005 estarían propiciando un segundo Auschwitz. En el caso de Tooze habría que decir que fue un lapso raro: en el debate ha sido, por lo general, ecuánime y generoso.

⁷⁴ En vísperas de la crisis de 2008, Andrea Boltho y Barry Eichengreen, ambos partidarios de la integración europea, concluían que el Mercado Común pudo haber aumentado el PIB el 3-4 por 100 desde finales de la década de 1950 hasta mediados de la de 1970; que el impacto del Sistema Monetario Europeo fue insignificante; que el Acta Única Europea pudo agregar quizá otro 1 por 100; y que era poco probable que la Unión Monetaria hubiera tenido «un efecto significativo en la tasa

necesario para salvarlo, Draghi no perdió el tiempo tratando de demostrarlos; simplemente les dijo a sus oyentes, en palabras que Tooze podría reproducir, que no deberían subestimar «la cantidad de capital político que se invierte en el euro». Capital político: ¿qué es eso? La inversión de la clase política en su propia inmunidad frente a la jurisdicción popular dentro de la *zone franche* de la moneda única.

Sin embargo, aunque Tooze dé por sentado en *Crashed* que la Unión de Maastricht es un bien público, su historial después de 2008 le ofrece pocos motivos de satisfacción. Si al final la Eurozona se mantuvo intacta, no fue por sus propios méritos. Su respuesta a la crisis fue tan inadecuada que en 2010 «los asuntos europeos ya no se podían dejar sin peligro en manos de los europeos»⁷⁵. Solo el liderazgo y el ejemplo estadounidenses, una vez que el BCE decidió imitar a la Reserva Federal, pudieron sacar a la Eurozona de la ruina, y si «se salvó [fue] por su tardía americanización». Pero ello estaba en consonancia con los orígenes de la integración europea y la visión temprana y embriagadora de su futuro que ahora cabía imaginar de nuevo: «Estados Unidos había reafirmado una nueva versión de la hegemonía liberal. Europa reanudó la marcha hacia unos Estados Unidos de Europa iniciada en 1947 bajo la dirección estadounidense»⁷⁶.

Pies de barro

¿Qué decir entonces de Estados Unidos? Allí, paradójicamente, la victoria de Trump en 2016, un acontecimiento más drástico que cualquier otro acaecido en Europa, lleva a un veredicto sobre el historial de Obama más cáustico y consistente que el que Tooze puede ofrecer sobre las instituciones o los principales Estados de la UE. Cuando rinde homenaje a quienes evitaron el Armagedón, no presta apenas atención a que lo hicieron con soluciones tecnocráticas y «rescates financieros

de crecimiento o en el nivel de producción de la Eurozona». Sobre esos juicios, véase A. Boltho y B. Eichengreen «The Economic Impact of European Integration», Discussion Paper núm. 6820, Centre for Economic Policy Research, mayo de 2008. Ninguno de los autores (Martin Sandbu, Waltraud Schelkle, Erik Jones) citados por Tooze como coincidentes con su adhesión al euro (A. Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, cit., p. 619) ofrece ni una sola cifra en apoyo de la idea de que ha promovido el crecimiento.

⁷⁵ *Ibid.*, cit., p. 398.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 444. Tras atribuir esa perspectiva a académicos optimistas innominados, Tooze la ratifica como «una evaluación razonable», aunque la estabilización de 2012 y «la importante fase de construcción del Estado» involucrada tuvieron un alto precio político.

espectacularmente asimétricos», que permitieron al capitalismo estadounidense salir aún más concentrado y oligopólico que antes, propiciando una «recuperación paupérrima» que ha sido tan desigual que el 1 por 100 más rico de la población se ha hecho con el 95 por 100 del crecimiento generado, mientras que el resto no ha experimentado prácticamente ninguna mejora en sus ingresos después de la crisis. La tan publicitada reforma sanitaria de Obama, la *Affordable Care Act*, aunque satisficiera a sus votantes, resultó en gran medida «profundamente decepcionante». Los titulares de hipotecas en apuros recibieron poco o ningún apoyo: a diferencia de los banqueros y gestores de fondos entre los que Bernanke y Geithner se deslizaban en lujosos empleos tras abandonar el servicio público, «carecían de todo poder». Puede parecer que el liberalismo centrista ha triunfado, pero su complacencia era injustificada. En 2014, la derrota electoral demócrata debería haber sido suficiente advertencia. Mientras Trump preparaba su llegada a la Casa Blanca, Obama le decía a la gente que ignorara los pronósticos sociales sombríos sobre el estado de la sociedad y paseara bajo el sol, mirara a sus hijos jugar y escuchara cantar a los pájaros, recordando cómo era la vida estadounidense normal⁷⁷.

En el exterior, su administración había rescatado a Europa del colapso financiero e institucionalizado las líneas de canje entre los seis principales bancos centrales de la OCDE. A pesar de que la escena política interna se deterioraba, «el sistema mundial del dólar se estaba dotando de una nueva base expansiva sin precedentes»⁷⁸. Pero por muy eficaz que fuera técnicamente, esta ampliación del alcance del poder estadounidense carecía de autorización pública, pudiendo compararse a su modo al sistema de vigilancia electrónica de la National Security Agency al ofrecer como este un colchón de seguridad a Estados Unidos y sus aliados. A esta comparación, inquietante para cualquier patriota, le sigue el capítulo menos convencional del libro, una enérgica crítica de la política occidental hacia Rusia y de la intervención en Ucrania, en el que Estados Unidos y la UE comparten el desprecio de Tooze por su arrogancia y su torpeza.

Inesperadamente elogioso de la respuesta de Putin a la crisis financiera de 2008, «una de las mayores del mundo», un paquete de medidas «que deja en ridículo las emprendidas por los gobiernos de Europa

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 454-460; 581, 321; 565.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 483.

occidental»⁷⁹, Tooze no deja ninguna duda sobre su punto de vista en relación con el principal culpable de la caída de Ucrania en la guerra civil cinco años después. Cuando la entronización en Kiev de un régimen tutelado por los procónsules estadounidenses suscitó la represalia de Moscú apoderándose de Crimea, el gobierno de Obama respondió imponiendo sanciones (la primera y única mención de estas en *Crashed*, aunque desde el principio de su historia constituían el reverso geopolítico inseparable del sistema global del dólar, cuya expansión registra el libro) a algunos de los Estados más reacios a la voluntad estadounidense. El resultado de esas medidas, continuamente intensificadas por Washington, complementadas con los pasos seguidistas desde Bruselas y agravadas por una fuerte caída de los precios del petróleo, fue una crisis económica en Rusia peor que la de 2009 y que afectó mucho más a la población. La guerra del Departamento del Tesoro, como la denominó exultante uno de sus protagonistas, había cosechado otro éxito al final del mandato de Obama: una nueva Guerra Fría con Rusia⁸⁰.

Crashed concluye con un capítulo, «The Shape of Things to Come», sobre China. ¿Es ahí donde la épica del liderazgo estadounidense del mundo, en la trilogía que Tooze le ha dedicado, encuentra finalmente sus límites, un terreno más allá de su inspiración o control? La República Popular China no fue en absoluto inmune a la crisis de 2008: las exportaciones cayeron y el desempleo aumentó. La respuesta del Partido Comunista consistió en el «aumento gigantesco del gasto en concepto de estímulos», equivalente a más del 19 por 100 del PIB, causando la admiración sin límites de Tooze. Fue la mayor operación keynesiana de la historia, una movilización de recursos a una escala que las economías occidentales solo habían conocido bajo la presión de la guerra. Su impacto global fue decisivo. «En 2009, por primera vez en la era moderna, la locomotora de la economía china arrastraba al conjunto de la economía mundial». Aunque Washington pudiera sentirse aliviado por el resultado, ¿podía ello ser realmente tranquilizador? Porque lo que ahora afrontaba, «por primera vez desde el surgimiento de la Alemania nazi», era «una potencia que era, al mismo tiempo, un competidor geopolítico potencial, un tipo de régimen hostil y una economía capitalista pujante». Aunque la

⁷⁹ *Ibid.*, p. 225.

⁸⁰ Véase Juan Zárate, *Treasury's War: The Unleashing of a New Era of Financial Warfare*, Nueva York, 2013; el autor, funcionario de origen cubano, trabajó para el gobierno de Bush. Para un seguimiento satisfecho del régimen de Obama en forma de manual sobre cómo aplicar las lecciones de someter con éxito a Irán, véase Richard Nephew, *The Art of Sanctions*, Nueva York, 2018.

República Popular China podía estar integrada en la economía global, «los intereses económicos profundamente compartidos como los que habían legitimado las líneas de canje de la Reserva Federal con Europa» serían «mucho más difíciles de desarrollar». No es que todo estuviera perdido necesariamente. El descenso de la Bolsa de Shanghái y la fuga de capitales al extranjero en 2015 revelaron no solo la inexperiencia de las autoridades chinas en el manejo de esos mercados, sino también su dependencia en la gestión de la crisis de la sensata decisión tomada por la Reserva Federal de no elevar los tipos de interés. Ahí la solidaridad financiera se mantuvo. Pero el gobierno de Obama no bajó la guardia: su campaña en torno al Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica estaba claramente diseñada para contener a la República Popular, porque sigue en pie el hecho de que «la victoria de Occidente en la Guerra Fría no fue ni mucho menos completa. El triunfo de China es un triunfo para el Partido Comunista. Ésta sigue siendo la razón fundamental para dudar de la posibilidad de una cooperación verdaderamente profunda con China en la gobernanza económica mundial. A diferencia de Corea del Sur, Japón o Europa, China no es una pieza subordinada de la red global estadounidense». Esa concatenación angustiada lo dice todo. ¿Qué es una «cooperación verdaderamente profunda»? La subordinación. ¿Qué es la «gobernanza económica global»? Otro eufemismo empalagoso para el control estadounidense. Tooze no asume los silogismos como propios, pero tampoco los repudia.

V. LAS GRIETAS DEL LIBERALISMO

Ya se ha dicho lo suficiente como para dejar claras las virtudes de la trilogía de Tooze, una empresa de formidable energía, ambición e imaginación, de gran alcance y riqueza de detalles. ¿Qué luz arroja entonces su lectura sobre la paradoja del juicio de Durand sobre su último volumen? Metodológicamente, el «enfoque situacional y táctico» de Tooze sumerge de inmediato al lector en la corriente de los acontecimientos; las características estructurales surgen sólo desde el punto de vista de los agentes que intentan lidiar con ellos. Así, la guerra interimperialista, la Gran Depresión y la hipertrofia de las finanzas se dan por supuestas, y lo mismo sucede de diferentes maneras con las visiones del mundo de Wilson, Hitler o Geithner. Su método genera un relato histórico convincente, pero se basa en la represión de la explicación estructural. La política y la economía están de hecho interrelacionadas, como observa

Durand, pero de manera restrictiva: trata esta última simplemente como el campo pragmático dentro del cual los héroes y villanos de la historia toman sus decisiones sobre las respectivas políticas aplicables.

Temáticamente, la trilogía está unificada por una óptica única y altamente individual dominada por el brillo de Estados Unidos. No es que no quepa en ella la crítica; pero es una visión, por decirlo así, hipnotizada. Los antecedentes de Tooze en la República de Bonn, donde una larga impregnación en la cultura de la posguerra mezcló la emoción fascinada con la reverencia estudiosa hacia Estados Unidos –un cruce, cabría decir, entre la devoción de un Wenders y el pupilaje de un Habermas– lo explica en parte. Como decía el propio Tooze a su audiencia en la *London Review of Books*: «Tal vez, en particular para alguien que como yo creció en Alemania Occidental durante las décadas de 1970 y 1980 [...], Estados Unidos es la fuerza de la gravedad». Esa creencia determina la orientación de su obra. No es una adhesión ideológica, como la «aceptación incondicional de Occidente» de Habermas, sino algo más próximo a una peculiaridad personal o, como diría él, generacional. De ahí derivan, evidentemente, algunas consecuencias políticas. A escala nacional, Tooze no tiene dificultades para encontrar fallos en las instituciones, decisiones políticas o personalidades estadounidenses. Internacionalmente, en cambio, Estados Unidos siempre predomina abrumadoramente en el equilibrio de las cosas: de modo extravagante en *The Wages of Destruction*, notorio en *The Deluge*, y todavía perceptible en *Crashed*; y aunque no siempre, con demasiada frecuencia, desde Wilson y Dawes hasta Bernanke y Geithner, en el papel de *salvator mundi*. Esa exageración particular atraviesa toda la obra.

La política de un liberalismo de izquierdas no requiere una referencia especial a Estados Unidos y, si se deja eso de lado, debe considerarse por derecho propio. La combinación, como hemos señalado, suele ser inestable. La versión de Tooze no es una excepción, oscilando de una marcada inclinación a la derecha en *The Deluge* a un giro crítico a la izquierda en *Crashed*. Si hubiera que elegir una sola muestra del cambio, sería la desaparición en el último volumen de la dicotomía maniquea entre «moderados» y «extremistas» que impregnaba el primero. Es innegable cierta radicalización, pero es desigual, y se pueden ver algunos de sus límites si se compara *Crashed* con dos obras anteriores dedicadas a la crisis de 2008-2009 y su resolución, *13 Bankers* (2011) de Simon Johnson y James Kwak, y *The Shifts and the Shocks* (2014), de

Martin Wolf⁸¹. Ni Johnson, execonomista-jefe del FMI, ni Wolf, uno de los principales columnistas del *Financial Times*, se pueden considerar vinculados a la izquierda, por liberal que sea. Sin embargo, su presentación de Bernanke y Geithner es más severa y sus conclusiones más contundentes, que cualquier juicio que se pueda encontrar en *Crashed*.

Al iniciar su libro con el autolaudatorio discurso de Bernanke de 2004 sobre la Gran Moderación (celebrando, en sus palabras, «un mundo de estabilidad sobresaliente y política monetaria superlativa»), Wolf lo califica, con cortés desdén, de «pintoresco»⁸². Fue la confianza panglosiana de economistas que afirmaban que, en ausencia de conmociones exógenas, las crisis eran imposibles, lo que cuatro años después generó la crisis. Para Johnson y Kwak,

Paulson, Bernanke, Geithner y Summers optaron una y otra vez por el cheque en blanco. Hicieron lo contrario de lo que Estados Unidos había obligado a hacer a los gobiernos de los mercados emergentes durante la década de 1990. No tomaron medidas severas para cerrar o limpiar bancos enfermos. No cerraron a las principales instituciones financieras el acceso a las subvenciones públicas. No tocaron los canales de influencia política que los bancos habían usado tan hábilmente para asegurar décadas de políticas desreguladoras. No forzaron el cese de un solo director ejecutivo de un banco comercial o de inversión importante [...]. El coste total de todos esos cheques en blanco es prácticamente incalculable⁸³.

⁸¹ Subtitulados, respectivamente, *The Wall Street Takeover and the Next Financial Meltdown* y *What We've Learned –and Have Still to Learn– from the Financial Crisis*.

⁸² Martin Wolf, *The Shifts and the Shocks: What We've Learned –and Have Still to Learn– from the Financial Crisis*, Londres, 2014, p. 2.

⁸³ Simon Johnson y James Kwak, *13 Bankers: The Wall Street Takeover and the Next Financial Meltdown*, Nueva York, 2010, p. 173. En su reseña de *Crashed*, Johnson señalaba que Tooze «pisa suavemente» en lo que se refiere a la desregulación estadounidense: «La gente que resulta mejor tratada son los altos funcionarios de la Reserva Federal, incluido Timothy Geithner, presidente de la Fed de Nueva York durante los años exuberantes», cuyas afirmaciones ególatras acepta Tooze con credulidad injustificada, *The Washington Post*, 11 de octubre de 2018. Sobre la inclusión en el equipo de Geithner en el Tesoro de agentes de Wall Street –su jefe de gabinete era un antiguo cabildero de Goldman Sachs, otros venían de Citigroup, Blackstone, Merrill Lynch– y sobre sus constantes reuniones –más de ochenta en sus primeros siete meses en el cargo– con los jefes de Goldman, JP Morgan y Citigroup, véase *ibid.*, pp. 186-187. Un asunto principal en el libro de Johnson y Kwak, apenas abordado en *Crashed*, es la corrupción política de Washington por parte de las instituciones financieras del país.

La diferencia también es palpable en lo que se refiere a las soluciones sugeridas. ¿Qué se debe hacer después de la crisis? Johnson, después de un ataque feroz contra la «oligarquía estadounidense» de media docena de megabancos, dice que el único remedio es fragmentarlos, imponiendo a cualquier institución financiera un límite máximo del 4 por 100 del PIB, y a los bancos de inversión del 2 por 100. Wolf está dispuesto a ir mucho más allá, instando a una consideración renovada del plan de Irving Fisher para abolir la capacidad de los bancos privados de crear dinero, obligándoles a mantener reservas equivalentes al 100 por 100 de sus depósitos y a otorgar al Estado el derecho exclusivo de emitir dinero. No se pueden encontrar propuestas comparables en *Crashed*. Tooze puede responder legítimamente que estarían fuera de lugar en el trabajo de un historiador; pero como prolífico comentarista de la actualidad en una amplia variedad de publicaciones, no puede argumentar lo mismo. También en ellas, no obstante, la circunspección parece ser la regla.

El liberalismo siempre ha tenido diversas tonalidades, y su versión dominante ha variado de un país y un periodo a otro. En el mundo capitalista, remontándonos a la década de 1980, la línea divisoria entre una política liberal y una política de izquierda está en sus respectivas actitudes hacia el orden existente: ¿se requiere un cambio estructural o un ajuste de situación?⁸⁴. El grado previsto de uno u otro define ubicaciones relativas a cada lado de la línea divisoria. Para ver dónde se situaría Tooze se requiere una valoración del liberalismo dominante en cada época, lo que supone dos paquetes interrelacionados: entre los Estados, el «orden internacional liberal» ha sido durante treinta años la piedra de toque de la razón geopolítica: mercados libres, libre comercio, libre circulación de capitales y otros derechos humanos, vigilados por la nación más poderosa del mundo con la ayuda de sus aliados, de acuerdo con sus normas y sanciones, sus recompensas y sus represalias. Dentro de cada Estado, el «neoliberalismo»: privatización de bienes y servicios, desregulación del sector industrial y de las finanzas, contención fiscal, desindustrialización, debilitamiento de los trabajadores, fortalecimiento del capital, todo ello compensado por el reconocimiento de las reivindicaciones de género y multiculturales.

⁸⁴ Esas cuestiones diferían en el mundo comunista: allí el liberalismo significaba sobre todo un compromiso con el cambio estructural y una figura excepcional como Dmitri Furman podía dar voz a un liberalismo de izquierda de una pureza y un poder diferentes a todo lo que podía encontrarse en Occidente durante el mismo periodo: para una descripción, véase *London Review of Books*, 30 de julio y 27 de agosto de 2015.

El primero de esos paquetes ha sido mucho menos cuestionado que el segundo. Muy pocos liberales han impugnado seriamente los principios del libre comercio, la primacía de Estados Unidos o el imperio del derecho internacional consagrado en las Naciones Unidas, cuyas decisiones ha podido determinar en general Estados Unidos a su voluntad. El orden internacional liberal sigue siendo un iconopreciado. Muchos, en cambio, han cuestionado o impugnado la aplicación de medidas neoliberales dentro de sus propias sociedades, y en ningún sitio se han aplicado plenamente. La medida en que el primero de esos paquetes da forma al universo intelectual del liberalismo contemporáneo puede juzgarse por la adaptación de algunos de los grandes pensadores del liberalismo de izquierdas a sus requerimientos: personajes como Rawls, Habermas y Bobbio ofrecieron glosas apologéticas a las guerras intervencionistas contra Estados declarados fuera de la ley por Washington, con o sin la aprobación del Consejo de Seguridad⁸⁵. Tooze nunca ha llegado a esos extremos, pero el lenguaje de la «gobernanza económica global», depurado de cualquier referencia a su innovación más destacada, la proliferación de sanciones para estrangular o golpear a los países recalcitrantes –la «guerra por otros medios», como la califica sinceramente el embajador Blackwill–, va en ese mismo camino⁸⁶.

¿Qué decir del plano nacional de la política? Tooze ha escrito con la causticidad debida: «En las condiciones actuales, el neoliberalismo es, de facto, una política antidemocrática, que resuelve la tensión existente entre el capitalismo y la democracia limitando el rango de las libertades democráticas o interfiriendo directamente en el proceso democrático»⁸⁷. Ha atacado la escalada de las desigualdades económicas bajo el régimen neoliberal con igual vigor y criticado las soluciones desafortunadamente optimistas. La propuesta bienintencionada de Piketty de un impuesto sobre la riqueza global, según escribe en *Crashed*, «no estaba equivocada»:

⁸⁵ Véase Perry Anderson, «Arms and Rights», *NLR* 31, enero-febrero de 2005, pp. 5-40; ed. cast.: «Armas y derechos», *NLR* 31, marzo-abril de 2005, pp. 5-38

⁸⁶ Robert Blackwill y Jennifer Harris, *War by Other Means: Geoeconomics and Statecraft*, Cambridge (MA) 2016. El consenso liberal en torno a las sanciones excede incluso a su pariente, la intervención humanitaria. En el Congreso (Cámara de Representantes y Senado) sólo hubo cinco votos en contra de la *Countering America's Adversaries Through Sanctions Act*. Cuatro eran republicanos y el quinto era el de Sanders, quien explicó que sí estaba a favor de las sanciones contra Rusia. Todos los demás congresistas y senadores demócratas votaron a favor del proyecto de ley.

⁸⁷ A. Tooze, «Tempestuous Seasons», cit., p. 19.

Sólo dejaba de lado la razón por la que era tan necesaria, esto es, la brutal lucha por el privilegio y el poder que ha permitido durante décadas que los que estaban en la cima acumularan una gran riqueza sin verse estorbados por ningún esfuerzo serio de redistribución. La respuesta, si es que la había, claramente no era técnica; era política en el sentido más estricto de la palabra. El poder tenía que medirse con el poder⁸⁸.

Al decir esas cosas, Tooze se ha ganado ciertamente un lugar en la izquierda del liberalismo. Pero la combinación es lábil. En otros lugares de *Crashed* puede comentar sin reparos el fracaso de Obama en ofrecer «un impulso concertado para unificar a la sociedad estadounidense en torno a un programa sostenido de crecimiento impulsado por la inversión y una modernización integral»⁸⁹. ¿Unificar la sociedad estadounidense o dividirla poder contra poder?

Si en *Crashed* no hay una resolución clara de estas tensiones, es en parte porque se concede demasiado énfasis retórico a la complejidad técnica de los «gigantescos “sistemas” y “máquinas” de la ingeniería financiera» y al papel vital de un gerencialismo pragmático para mantenerlos en funcionamiento. Tooze ha insistido en que los bancos centrales, lejos de ser un obstáculo para la democracia, han sido a menudo las ruedas del progreso. Después de todo, sin el buen sentido del Banco de Inglaterra y la Reserva Federal, ¿habría podido la Entente ganar la Primera Guerra Mundial o los Aliados la Segunda? Sin las valiosas contribuciones de Carney y Draghi, ¿podrían haberse contenido las consecuencias de desafortunados acontecimientos como la victoria del Brexit en un referéndum o la derrota de Renzi en otro? «Sería un grave error teórico y una oportunidad práctica perdida si las estructuras tecnocráticas se consideraran una disminución de la política». Pueden mejorarla. Piénsese en el «talento asombroso para la situación» –¡término mágico!– de alguien como Mario Draghi⁹⁰.

Cuando escribe de ese modo, en lugar de buscar posibles vías de control democrático de esas estructuras tecnocráticas, Tooze explica que «hay buenas razones para defender el gobierno tecnocrático contra las pasiones irracionales de la democracia de masas. Es también demasiado

⁸⁸ A. Tooze, *Crashed*, cit., p. 462.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 454.

⁹⁰ Adam Tooze y Danilo Scholz, «Für eine Politik der Geldpolitik: Habermas, Streeck und Draghi», *Merkur*, mayo de 2017, pp. 19-21, que amplía las críticas de Tooze a Streeck y considera la sumisión de Habermas al presidente del BCE como muestra de su sabiduría.

obvio lo importante que es hoy poder identificar asuntos de posible acuerdo técnico más allá de la política». Con la cordura y la locura tan bien distribuidas, ¿cómo pueden aceptar las masas irracionales decisiones racionales tomadas por los Bernankes y los Draghis? Ahí lo esencial es que «se formen coaliciones para emprender acciones impopulares pero esenciales», no solo como una necesidad coyuntural, sino permanente: «Construir tales coaliciones políticas *ad hoc* y asimétricas es lo que implica la gobernanza del capitalismo en condiciones democráticas»⁹¹.

Acciones impopulares pero esenciales: la valoración de Tooze de la actuación de la UE en Grecia, a la que califica de brutal, es lo bastante acerba, pero, ¿tiene algo que decir sobre la trituración del referéndum por parte de Tsipras para llevarla a cabo? Nada. Se puede sospechar un suspiro de alivio silencioso. ¿Por qué no fue tal rendición una decisión responsable, como demostró Stresemann? Basta recordar el veredicto de Durand en *Fictitious Capital* sobre el relato general del libro de Tooze para ver la diferencia entre los dos autores: «Las finanzas son un chantajista de gran envergadura. La hegemonía financiera se disfraza con los adornos liberales del mercado, pero captura aún mejor la vieja soberanía del Estado para exprimir el cuerpo de la sociedad a fin de alimentar sus propios beneficios». Esa nota falta en *Crashed*, donde el chantaje –al que nunca se califica como tal– es lamentable pero aceptable.

Coaliciones *ad hoc* y asimétricas: hasta la fecha, la ilustración más específica ofrecida por Tooze aparece en un artículo reciente en la *Londond Review of Books* sobre Alemania, su país europeo de referencia. En él argumenta a favor de la creación de una alianza roji-roji-verde entre el SPD, Die Linke y los Verdes, en lugar de la actual coalición rojinegra de la CDU-CSU-SPD, que ha gobernado el país desde 2013, como lo hizo anteriormente entre 2005 y 2009. Dentro del bloque alternativo de sus esperanzas, su preferencia va claramente al SPD, aclamado como «un partido político no ordinario», sino como un partido que durante ciento cincuenta años, desde la época de Bismarck hasta la de Merkel, «ha representado la visión de una Alemania mejor, más democrática y socialmente justa», como si esos adjetivos pudieran compensar el voto a favor de los créditos de guerra en 1914, el uso de los Freikorps para liquidar a Luxemburg y Liebknecht, el macartismo del *Radikalerlass* [decreto antirradicales] durante la década de 1970 y la práctica del derro-tismo en este nuevo siglo: no es que ésa sea toda su ejecutoria, pero sí

⁹¹ A. Tooze, «Tempestuous Seasons», cit., pp. 20-21; *Crashed*, cit., pp. 615, 613.

forma una parte indeleble de ella. Hoy en día lo que día obstaculiza la perspectiva de una alianza roji-roji-verde es «la arraigada hostilidad de Die Linke hacia la OTAN»⁹². El buen sentido de la *Kaisertreu* [lealtad al Kaiser] del SPD va de suyo.

Dejando a un lado tales cuestiones, ¿cuál debería ser el programa de un futuro gobierno roji-roji-verde? Hablando formalmente, el artículo de Tooze es una revisión de cuatro libros recientes sobre Alemania, a los que agrega otros tres a medida que avanza, aunque como suele pasar en la *London Review of Books* su mención sea superficial, sin otorgarles la dignidad de una auténtica reseña. Gran parte del contenido del artículo está dedicada a las consecuencias sociales de Hartz IV, el «nuevo y severo sistema de bienestar y regulación del mercado laboral» de Schröder, impuesto en 2005. Aunque prefiere una versión más indulgente de su agenda neoliberal y se queja de que el SPD no ve premiados sus «serios esfuerzos para reequilibrar» sus consecuencias (una ley que regula el salario mínimo ha puesto fin a una situación en la que Alemania era uno de los últimos países en Europa que carecía de ella⁹³), Tooze no deja dudas de que la situación del país está lejos de ser ideal: la desigualdad ha crecido, la precariedad se ha extendido y con ellas el malestar social y político. Para remediar tales males, ¿qué agenda de reparación social esboza Tooze para una coalición roji-roji-verde? Respuesta: Alemania necesita «un gobierno más proeuropeo», capaz de responder a la «audaz visión del futuro de Europa» ofrecida por el «carismático» Emmanuel Macron⁹⁴, un líder capaz de construir una coalición transversal, aunque desequilibrada, y de tomar decisiones esenciales por impopulares que sean. Ni más ni menos. «Europa no puede permitirse más demoras». Ese significativo vacío es todo.

Sería un error conceder a esto demasiada importancia. Tooze interviene profusamente y sus acentos y formulaciones varían de un lugar a otro. Ése es a menudo el precio de una reputación cada vez mayor —*la prima-donna é mobile*— y no se debe tomar demasiado en serio. A las críticas de incoherencia puede responder en cualquier caso razonablemente que

⁹² A. Tooze, «Which Is Worse?», *London Review of Books*, 18 de julio de 2019, pp. 19, 21.

⁹³ Die Linke propuso reiteradamente al SPD un salario mínimo y éste lo rechazó, en un momento en que los dos partidos tenían suficientes votos en el Bundestag para aprobarlo.

⁹⁴ A. Tooze, «Which Is Worse?», cit., pp. 19, 22; sobre la «audaz visión» y Macron, véase *Crashed*, cit., pp. 595, 562.

nada de lo que ha escrito cae fuera de los límites de un compromiso básico con el liberalismo tal como se desarrolló en Occidente desde la época de Wilson y Lloyd George hasta la de Geithner y Macron, y nadie puede acusar a *Crashed* de carecer de una sensibilidad social acorde con esa tradición. Sin embargo, en el mundo actual, cabe hacer la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto difiere ello de correr con la liebre y cazar con los sabuesos, mostrando una indignada simpatía por la liebre y una gran admiración por los sabuesos? «El poder tiene que medirse con el poder». ¿De verdad?